

Fernando Person

LA INDIGENCIA ESPIRITUAL DEL SEXO FEMENINO

Dr. ROBERTO NÓVOA

Ex ayudante de Fisiología en la Universidad de Santiago de Galicia

**LA INDIGENCIA ESPIRITUAL
DEL SEXO FEMENINO**

(Las pruebas anatómicas, fisiológicas y psicológicas de la pobreza mental de la mujer. Su explicación biológica.)

~~~~~  
CON DIEZ FIGURAS  
~~~~~

F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, núm. 10

VALENCIA

LOS ORÍGENES DE ESTE LIBRO

En el estío del año 1906 tuve la dicha de conocer, en uno de nuestros pueblos marítimos del Noroeste, á una señorita extranjera, linda y elegante, que se dedicaba al estudio de la Medicina. En uno de los breves días que nos reunimos, sentados sobre un banco de piedra, á la vista de la playa, conversamos ampliamente; nuestras palabras eran acompañadas por el susurro leve de las ondas que avanzaban y retrocedían sobre la arena y que chocaban violentas contra los peñascales más apartados de nosotros; de tiempo en tiempo, el chillar, las risas de niños que jugaban, que corrían á nuestro lado, se mezclaban á la monótona oración de las aguas; y en medio de todo, la voz clara, dulce, de mi amiga se dejaba oír, contando las bellezas que había visto en sus viajes... Habló un buen rato, con precisión, con calma, para que yo, no muy íntimamente familiarizado con su lengua extraña, pudiera penetrar los pliegues de sus pensamientos y de sus emociones; luego, después de su pintura excelsa de los paisajes que alcanzaran sus ojos durante sus expediciones de recreo; después de trazarme un cuadro hermoso de las playas del Tirreno y del Adriático, de las cumbres múltiples y blancas de Suiza, de los res-

tos de la vieja Atenas, de la impresión que le causaba España, Galicia... me dijo: «¿Le agradaría á usted, amigo mío, que charláramos mientras no llega el momento de la retirada, sobre asuntos relacionados con nuestros estudios?» «¿Cuál va á ser el tema?», pregunté inmediatamente, dispuesto á aceptar la invitación de mi joven amiga... Y allí mismo, cara al mar, sentados sobre el granito del banco, coreados por el murmullo del agua y guardados del molesto picor del sol por las sedas y encajes de su sombrilla, hablamos cerca de una hora del delicado asunto que sus labios me habían indicado, de lo que ella llamaba «la floración espiritual de la mujer, más fecunda é intensa que la del hombre».

En aquella época ya tenía fijo mi pensamiento sobre ese punto y ya contaba con dedicarle unas cuantas páginas tan pronto mis ocupaciones y mis nervios me lo permitieran; pero aquella apacible y grata polémica, en la que se reveló contra mí todo el orgullo y sabiduría femeninos de mi amiga, avivó mis ansias, mis dormidos deseos de consagrar unos momentos de la vida al estudio de la indigencia mental de la mujer.

—Le prometo á usted publicar un libro sobre este delicado tema... lo prometo solemnemente.

—¡Bah!—dijo ella, en tono despectivo, lastimada—. Los defensores de la mujer se reirán de usted; las escritoras y el resto de las mujeres cultas, geniales, dirán justamente que no las tuvo presentes al escribir su libro; y en fin, otras, quizás el mayor número, le dirán que «nacieron para amar», ó más brutalmente, «para encontrar marido».

—¿Y no serán las últimas las verdaderas mujeres?

—Es usted injusto, demasiado cruel; pero no, amigo mío, no lo dude... Si por algo eligieron los griegos, entre

sus dioses, una mujer para que representara la sabiduría, fué, sin duda, porque su consagración estaba más en armonía con el espíritu de la época. La vieja Diosa es el símbolo que nos muestra en la mujer un alma superior, incomparablemente más grande y exquisita que la del hombre...

—Perdón...

Mi amiga no me dejó continuar. El galante principio de mi argumento, que, interrumpido, parecía la confesión de una falta de enamorado, dibujó una tenue sonrisa en los labios de mi amiga. «Ofenderá usted á sus colegas, la memoria de muchas inteligencias inmortales y... me ofenderá usted á mí», fueron sus interruptoras palabras. Yo no supe qué contestar á este espiritual argumento femenino; sucedieron unos segundos de silencio, y luego, tras un gesto entre dulce y severo, continuó: «Hará usted muy mal, querido amigo. Sembrar y después alimentar ese juicio en la multitud, es darle un arma más para esclavizar á la mujer, ya bastante desdichada.»

...Una semana más tarde nos despedíamos. «No haga usted aquello—me decía en la misma estación—, no lo haga usted...» Estreché la fina mano de mi amiga, la de su padre después, y por fin, la de un hermano suyo, niño todavía... El tren rompió la marcha; y minutos después, cuando regresaba á mi casa, venían saltando en mi cabeza estas preguntas: ¿no será más hermosa la mujer cuando se convenza de que no nació más que para querer y ser amada? ¿no existirá alguna opuesta y misteriosa relación entre la belleza y la inteligencia femeninas?

Cuanto más he pensado en esto, he visto clarear más y más el horizonte de mi fe. Para mí, la mujer es tanto más linda, física y biológicamente considerada, cuanto

más sencilla es su alma, cuanto menos «sabia y genial» se nos aparece su cabeza. Como si un secreto antagonismo existiera entre la originalidad y el conjunto de su forma, no puedo concebir la belleza femenina sino como un fruto del pobre árbol de su espíritu; los elementos estéticos de la mujer asientan precisamente sobre la indigencia de su alma, y su tono de voz, su cabellera larga y espesa, la succulencia de sus pechos, el amor profundo, la fecundidad... no puedo comprenderlos desatados y sin relación con su inteligencia casi estéril. Si la mente femenina fuera igual ó superior á la del hombre, ó si poseyera virtualidad para elevarse á la cumbre del «genio», no admiraríamos seguramente muchas obras de arte inmortales.

En este libro presento las pruebas anatómicas, psicológicas y fisiológicas de la pobreza mental de la mujer. El último capítulo, consagrado á la explicación fisiológica del hecho, es enteramente original; en las páginas que tratan de las «pruebas psicológicas», me he ceñido al examen de la sensibilidad comparada de los sexos y de las razas, porque comprendo que el análisis de las manifestaciones espirituales más ó menos complejas, como la moralidad, por ejemplo, no es vía segura y llana para llegar á una determinación precisa del tono mental de la mujer; y finalmente, en el segundo capítulo, intitulado «Vía anatómica», he procurado poner de relieve las diferencias sexuales del cerebro, no sólo en el hombre, sino también en los animales superiores, nuestros más próximos parientes.

Deseo hacer una súplica á las mujeres «inteligentes», y sobre todo á mis colegas del sexo débil: que no crean que mis galanterías de hombre susceptible de prendarse han sido rechazadas por alguna joven «poetisa, sabia ó

literata», y que, por consiguiente, este libro es un veneno elaborado por el despecho ó la venganza. Defiendo á la mujer, pero cuando está en su puesto, cuando en ella alienta el «genio de la especie»; me impresiono cuando la veo hermosa, robusta, fecunda, buena y sencilla; pero cuando llego á tropezar con una de esas figuras esplendentes, no puedo menos de apartar los ojos, de compadecerla y de pensar que su vida deforme nada tiene que pedir á la de esas existencias enfermas con que nos encontramos á cada paso.

Sólo me resta expresar aquí la gratitud que debo á algunos amigos de España y de fuera de ella, por las notas y revistas que tan amablemente me enviaron; pero antes que á nadie, doy mis gracias y envío mi salutación más efusiva á Lydia Guppel, la joven colega que conocí en el verano de 1906 y que me procuró libros y datos, de los que me aproveché abundantemente.

ROBERTO NÓVOA

Madrid, Mayo de 1908.



La indigencia espiritual del sexo femenino

I

Extraviada dirección de la Psicología

Al lecho de la Psicología tradicional—de esa Psicología que, encuadrada en unas riberas de divino orgullo, cree que en su imperio no existe más alma que la humana—han ido afluyendo nuevas corrientes que sumando su caudal, resbalan hacia la tierra prometida, en donde se levanta, desnuda, la estatua de Psiquis. Para alcanzarla más pronto, no contentos con ser nosotros los únicos poseedores del espíritu, de esa fuerza sutil cuya esencia se escapa á todas las inquisiciones, depositamos una partícula de él en todo lo que alcanza nuestra vista. No queremos estar solos, y por eso nos esforzamos en irradiar una chispa de nuestra misteriosa energía. No; no queremos vivir en la perpetua contemplación de una Naturaleza insensible, muerta, sin alas para elevarse hacia el cielo; y en ansias de subir, caemos como Ícaro, con sus alas de cera de-

rretidas por el calor del Sol, en el reino hermano de una metafísica que condenamos con todo el vigor de nuestros ensueños.

Hasta el imperio de la poesía invadió nuestro campo. Generalmente, en la literatura científica se dejan sentir las huellas que delatan el lado visionario de nuestro espíritu; y como el salvaje, que elabora su confusa idea de Dios á expensas de las impresiones que le causan los fenómenos despertados por las invisibles energías naturales, el hombre de ciencia encuentra también en las ocultas afinidades de los elementos, en los muchas veces «caprichosos» movimientos de las células y en las manifestaciones físicas de la vida, una fuerza directriz, si no igual, por lo menos parecida á la que asienta en las celdillas de su cerebro. ¿Por qué la bestia no ha de tener también su alma? Y descendiendo la escalinata de las formas vivientes, ¿por qué no se ha de hablar del «alma razonadora» de los animales y de la psiquis que se agita en esas gotitas vivas, inmensamente pequeñas, formadas de una substancia proteiforme, cambiante, en la que se manifestó por primera vez el alba de la vida?... Pero no hemos de ser avaros: por este camino, ¿no es justo que se cante, con Mæterlinck, la inteligencia de las flores (1) y la conciencia de las plantas (2) y que nos llenemos de asombro ante los

(1) Maurice Mæterlinck, *L'Intelligence des fleurs*, Paris, 1907.

(2) Hartmann, *Revue Scientifique*, 1873.

«amores» de los elementos más simples de la materia?

Y he ahí á Goethe, asimilando en su cantar los sentimientos humanos á las afinidades electivas que viven y duermen en el seno de la materia. «¿Acaso no es también el amor la combinación de dos átomos diferentes que se buscan y se desposan á través de todas las opuestas fuerzas de la tierra y del cielo?» (1). Los átomos que en el torbellino de la vida se juntan, chocan y se repulsan, ¿no se besan realmente, no se unen para divorciarse luego? Son sus amores, sus simpatías ó aversiones los móviles que les inducen á buscarse ó los resortes de sus desvíos; en su rodar eterno, la casualidad puede proporcionarles la «dicha» de fundirse ó el disgusto de tropezarse; y en sus uniones y divorcios está siempre alerta, vivo el poder de las afinidades, de los sentimientos de esas «almas» desprendidas del genio del hombre. Más fuertes ó más débiles, las cadenas que los unen ó los abismos que los separan son miniaturas de nuestros lazos ó de nuestras repulsas; como en nuestra sociedad, los elementos últimos de la materia pueden tropezar en el curso de sus peregrinaciones con otros elementos, y entonces, ó se besan espontáneamente con mayor ó menor furia, según la potencia de sus energías, ó se desposan bajo la fuerza que reciben de una fuente extraña. Por el contrario, también en

(1) Mantegaza, *Fisiología del amor*, trad. esp.

su vagar incesante llegan á separarse cuando disminuye el poder de sus vínculos ó cuando uno de ellos es solicitado por la afinidad más ardiente de otro elemento distinto.

Allí en donde estemos, por fugaz que sea nuestra estancia, queda siempre un vestigio, una silueta de nuestra figura, un eco durmiente de nuestras palabras, la invisible impresión de un movimiento, de una mueca. «Un espectro se halla oculto sobre la superficie plateada ó cristalina, hasta que por nuestra nigromancia lo hagamos surgir al mundo visible. En los muros de nuestros más apartados aposentos, donde no creemos que pueda penetrar mirada alguna indiscreta, en el más oculto rincón jamás profanado, existen vestigios de todos nuestros actos, siluetas de cuanto hemos ejecutado» (1). ¿No proyectamos nuestra sombra, la sombra de nuestro espíritu, sobre todas las existencias y sobre todas las cosas? ¿No vemos, como en un espejo, retratada nuestra imagen anímica en el cristal de las aguas, de las flores, de los elementos más ínfimos de los cuerpos y de la substancia viviente más sencilla que pueda imaginarse? Realmente, los espíritus de los millones de vidas infrahumanas no son más que un espectro, una proyección reducida del nuestro; pero jamás habrá magia capaz de sacar á la superficie más que una sombra.

Poco á poco, ascendiendo en el estudio de las

(1) Draper, *Les conflits de la science et de la religion*.

formas y combinaciones de los elementos materiales, llegamos en nuestras pesquisas á descubrir el pedestal de la vida. Esta base vital, constituida por un conjunto de principios químicos encadenados de mil maneras, exquisitamente sensibles á los estímulos incidentes del medio, también sirve de báculo á la fuerza misteriosa que sobre ella sombreamos; y á esos blandos y simplicísimos organismos, muchos de ellos errantes solitarios y otros unidos en colonias por fuerzas incomprensibles, el hombre les ha regalado un trocito de su alma. No veremos allí, en su cuerpecito, en el seno de su proteiforme substancia, más que granulaciones, que ovillos de hilos vivos que se enredan ó deshacen según los momentos de la vida; pero á pesar de esta aparente simplicidad, nuestros visionarios ojos creen encerrado en esa jaula viviente un principio de espontaneidad, unos destellos conscientes, á ratos escapados de las luminosas entrañas de la vida.

Como no todos los hombres poseemos idénticos caracteres orgánicos á los que se subordinan los rasgos psicológicos, es justo, como se hace, pensar que las actividades «nobles» de los organismos elementales han de ser diferentes en cada uno de ellos, como resultado de diferencias individuales en la cantidad y calidad de sus principios y en sus encadenamientos multiformes; así, bajo las apariencias del más sorprendente parentesco, se ocultan diferencias reales, como se ocultan á nuestra

vista las que existen entre gotas de agua procedentes de distintos manantiales; así como trozos pequeñísimos de curvas geométricas—elipse, parábola, círculo—nos parecen iguales, sin poder descubrir en ellos la figura madre de que proceden, también se nos escapan las sutiles diferencias que separan las múltiples máscaras vivientes (1); y en fin, así como el geómetra es capaz de determinar, valiéndose de las fórmulas de desarrollo de las curvas, la matriz de que proceden aquellos insignificantes trozos, hay que esperar que, andando el tiempo, se llegarán á revelar, mediante procedimientos más punzantes que los actuales, las desemejanzas que se esconden bajo el antifaz de las formas más parecidas.

Muchos naturalistas exponen en la galería de sus observaciones los secretos espirituales arrancados á este nuevo Proteo. En las andanzas, en las batallas que libran, en sus correrías, en sus festines... aparece siempre el soplo director del *alma* guiando los movimientos, las casi imperceptibles sacudidas, las fugas y las conjunciones de las formas más ínfimas de la vida. Ante un combate sostenido entre dos organismos algo complicados (*rotíferos*), nos vemos inclinados á conceder á los luchadores que se mueven y muerden, que avanzan y retroceden, que huyen y se persiguen, un alma, un «espíritu consciente» (2).

(1) I. Délage, *L'estructure du protoplasma et les grands problèmes de la biologie générale*, Paris, 1895.

(2) Romanes, *Animal Intelligence*, London, 1883.

Á cada paso nos encontramos enfrente de fenómenos celulares que no podemos explicar si no admitimos que esas pequeñas masas contráctiles, pulsátiles, encierran en sí el germen de nuestra conciencia (1). Dos organismos, dos partículas vivas que pertenecen á una misma especie (*orbitalites*) se encuentran en su camino: sus filamentosos brazos tropiezan, y como advertidos de su parentesco, se separan, siguiendo cada uno su ruta. Por el contrario, si una de esas masas llega á chocar con un individuo que no pertenece á su misma especie, inmediatamente surge una riña encarnizada: los cuerpos se juntan, los filamentos se estiran y encogen animados por la cólera, se agarran, se persiguen, hasta que uno de ellos, el más débil, sucumbe, y entonces el otro, vencedor, lo engloba y lo digiere en una vacuola, especie de estómago trashumante, que se forma alrededor del cuerpo de la víctima.

Otro episodio más cruel, más salvaje, acrece nuestro asombro. Un naturalista ha sorprendido una colisión entre cierta especie de amœba y un organismo globuloso (*urocentrum*), cuya forma se parece á la de esas peonzas con que suelen jugar los infantes. Una casualidad los había puesto frente á frente; el cuerpo de la amiba se alarga y desplaza hacia la microscópica peonza viva, pretendiendo ahogarla entre sus falsos brazos; la pobre

(1) Retterer, art. *Cellule*, en el *Dict. de Physiol. de Richet*.

víctima trata de sustraerse, forzándose con sus pestañas vibrátiles en ponerse á salvo de aquella cruel voracidad; la lucha continúa encarnizada, hasta que al fin la blanda y pequeña peonza, cautiva entre los brazos de su enemiga, ahogada, sirve de pasto para entretener el hogar del triunfador... ¿No está presente aquí toda la humana psicología? Son dos hombres diminutos, informes aún, pero que en el ataque y la defensa se guían por la luz de sus conciencias, por los faros de sus juicios y por la fuerza de sus necesidades.

También en nuestro organismo se libran escaramuzas y á veces conflictos encarnizados entre ejércitos que se «odian á muerte». No hay que creer que las defensas naturales de nuestra economía, que son muchas y algunas de ellas bastante poderosas (1), y sobre todo, las defensas vivas representadas por unos cuerpecitos celulares dotados de movimientos como las amibas (2), entran solamente en acción cuando un ejército de gérmenes morbosos penetra en nuestra carne, en la sangre ó en cualquiera de nuestros órganos. Entre nuestras mismas células, entre los organismos vivientes que á millones componen nuestra economía, hay también sus querellas y disgustos, victorias y derrotas; lejos de comportarse como hermanos que se

(1) Charrin, *Les défenses naturelles de l'organisme*, París, 1898.

(2) Metchnikoff, *Pathologie comparée de l'inflammation*, París, 1891.

deben mutuo apoyo, se atacan y tienden á imponerse unos á otros, y de estos conflictos resulta la senectud, como efecto del triunfo de los elementos *innobles* sobre los *nobles* (1), y de la lucha que sostienen unos tejidos con otros (2) resultan seguramente esos tumores que, formados por el exuberante crecimiento del tejido victorioso, molestan y conducen á nuestros seres á la muerte.

El psiquismo de los organismos inferiores, sus actividades «espontáneas» y sus movimientos al parecer dependientes de «sensaciones conscientes», cuentan, entre los naturalistas, con distinguidos y numerosos abogados (3); pero como Darwin hizo notar con justicia, indagar cómo se han desarrollado primitivamente las facultades mentales en los animales inferiores, sería tarea tan inútil como pesquisar el origen de la vida (4).

Como los destellos de una luz que gira y se esconde de tiempo en tiempo, aparecen más brillantes cuanto más nos acercamos al manantial luminoso, de la misma manera, cuanto más ascendemos en la contemplación de las formas de la vida

(1) Metchnikoff, *Essais optemistes*, 1907.

(2) Roux, *Der Kampf der Teile in Organismus*, Léipzig, 1881.

(3) Romanes, *loc. cit.*; Retterer, *loc. cit.*; Hæckel, *La Psicología celular*, trad. esp.; Vulpian, *Leçons sur la physiologie générale et comp. du système nerveux*; Max Verworn, *Psychologischen protistenstudien*, 1889; Verworn, *Allgemeine Pysiologie*, 1895.

(4) *The descent of Man*, 1871.

tanto más claros y limpios creemos ver los destellos de esa luz misteriosa que llevamos dentro de nosotros mismos. Desde nuestra barca, que se mueve en los confines de la visibilidad de la luz emitida por la farola de la costa, percibimos un tenue punto luminoso que va agrandándose á medida que bogamos, impulsando nuestro juguete flotante hacia la rada esperada y querida; es decir, desde nuestro observatorio vemos cómo desde el nivel más bajo de la vida hasta la creación humana se van desarrollando, grado por grado, sin saltos, en ascensión suave é ininterrumpida, los resortes espirituales de la animalidad. Pero no es justo mirar las cosas de esta manera. La semilla ó el elemento fecundante (1) no son una miniatura de la planta ó del animal, con sus órganos diminutos; en el germen duerme la forma superior que se levantará por el soplo de la fecundación; pero realmente las formas resultantes de las partículas vivas que se conjugan poseen caracteres y energías distintos de las de éstas.

Los movimientos «espontáneos» de las células vivas, movimientos que parecen enseñarnos el germen de una voluntad superior, de una «intención» más elevada, son simples movimientos «vitales» (2),

(1) En una de las planchas del antiguo Atlas de la *Anatomie Microscopique*, de Maudl, pueden verse los espermatozoides bajo la forma de diminutas figuras humanas.

(2) Sergi, *La Psiquis en los fenómenos de la vida*, traducción española.

es decir, propiedades generales de la materia organizada. Resulta, pues, como único carácter general de la vida, el comercio del organismo con el exterior; el edificio vivo cambia su substancia con el ambiente; de éste toma sus alimentos, los elabora hasta tanto que logra incorporarlos á su hogar; luego los quema, y mientras el calor que se desprende en estas combustiones mantiene encendido el pábilo de la vida, los productos inservibles, especie de cenizas, los devuelve al seno del mundo que le rodea. Esta cadena de metamorfosis es aún, en gran parte, una incógnita para la ciencia; sabemos que la vida es una fermentación continua en la que se desarrolla un conjunto silencioso de construcciones y ruinas: substancias que por mecanismos secretos crecen y aumentan en complejidad, materiales que se disuelven, que corren como meteoros dentro del campo palpitante de la vida, productos que se vierten en el mar muerto del ambiente, energías y vibraciones que circulan... y todo bajo el poder incomprensible de los fermentos vivientes; pero por desgracia, estamos á obscuras en lo que respecta al engarce y construcción de todos estos eslabones.

Los variados movimientos de esas gotitas protoplasmáticas infinitamente pequeñas, pueden reducirse á dos tipos generales: ó son provocados por aguijones del mundo exterior, ó nacen de un estímulo interno que permanece dormido hasta el instante preciso de la actividad. Á estos últimos es á

los que se da el nombre de «espontáneos», como si fueran provocados bajo el influjo de un germen voluntario; pero realmente, cuanto más ahondamos en los secretos de la vida, más nos convencemos que las almas inferiores van difumándose, escapando de nuestro alcance, para quedar al fin reducidas á las más delicadas energías de la física y de la química; y entonces, llegando la desilusión á ser nuestra tirana, lloramos la amarga soledad, porque la luz—una luz que no veremos como fenómeno natural—, atravesando nuestro espíritu transparente, no proyecta la sombra de éste sobre los más remotos y simples escalones de la vida.

Los movimientos que observamos en este rico proteo, que, para mejor designar la plasticidad de su cuerpo, debiera llamarse *proteoplasma*, constituyen una expresión típica de su fuerza vital. No es Psiquis la que mueve sus pestañas, sus granulaciones y sus falsos pies; las reptaciones «espontáneas», las pulsaciones, los movimientos temerosos de las partículas contenidas en su seno son debidas á latigazos que obran desde fuera ó á impulsiones que tienen sus orígenes en las mismas moléculas de la substancia viva. Pero en este último caso nada hay de alma, de voluntad, de deseo: como el calor, esos movimientos son una fracción de las manifestaciones primordiales de la vida; un exceso de explosivo, de materia capaz de quemarse es el que produce, bajo la influencia de las chispitas vivas representadas por los fermentos, la fuerza

necesaria para el surgimiento de las falsas actividades espontáneas.

La memoria fué también colocada en el altar de los microscópicos proteoplasmas (1) y aun en el menos sacro de la naturaleza inanimada. «Todos los seres orgánicos é inorgánicos tienen una cierta memoria. Veremos que es ésta una facultad fundamental que existe en todo, en su forma inferior á lo menos» (2). Sin embargo, á esta «memoria» le falta el elemento más sutil, el psicológico; la cambiante materia es impresionada, y allá, en sus moléculas, una vibración conmueve y fija por un instante ó indefinidamente el espectro de la impresión; y más tarde, cuando se hayan repetido muchas veces los mismos contactos, puede llegar hasta á «reconocerlos y distinguirlos», apeteciéndolos ó repudiándolos. No le pidáis, eso no, que evoque una escena, un conflicto cualquiera de su vida pasada; pero por lo demás, podéis preguntarle por confusos recuerdos. ¿Cómo explicar, si no, que una de esas existencias ataque, por ejemplo, á otras, siempre las mismas, y que pase rozándose, indiferente, al

(1) Entre la rica bibliografía acerca de este punto, señalo las fuentes más importantes y accesibles: Sollier, *Le problème de la mémoire*, París, 1900; Ribot, *Las enfermedades de la memoria*, trad. esp.; Richet, *Essai de psychologie générale*, París, 1903; Bergson, *Materia y memoria*, trad. esp.; Hæckel, *Psicología celular*, trad. esp.; Hering, *Veber das Gedöechnis als eine allgemeine Funktion der organisirten Materie*, 1905.

(2) Van Biervlit, *La memoria*, trad. esp.

lado de otras esculturas animadas? ¿Comprenderíamos sin esto el motivo por el cual un bastoncito vivo ó uno de esos glóbulos difluentes y movedizos elige siempre determinados colores, huya de la luz del sol ó la ame y la busque?

Pensando friamente, todo este psiquismo desaparece para dejar su plaza al libre y ciego correr de las moléculas y de las fuerzas. La misma dificultad existe para explicar las atracciones ó repulsiones de dos células, ó la tendencia de cualquiera de ellas hacia la luz ú obscuridad, hacia la superficie ó profundidad de las aguas que para explicar la sorpresa que nos causa el que sean ciertas substancias, con exclusión ó predilección de las demás, las que sostienen ardiendo la llama de la vida. Cuando conozcamos mejor la composición química del proteoplasma y cuando arribemos á la posesión de los secretos de su arquitectura física, del capital de energías que encierra y de su encadenamiento; cuando el análisis levante la cortina detrás de la que se esconden las infinitesimales diferencias de las especies y de los individuos, entonces nos haremos cargo de que los diferentes comportamientos de los elementos ante los agujones del ambiente son debidos á la diversa estructura y disposición de la materia y de la energía que encierran en sus arcas gnómicas.

Es deplorable la pobreza de nuestra terminología biológica, de donde resulta que aplicamos casi siempre á fenómenos puramente físicos, mecánicos

y químicos de los organismos, términos arrancados á nuestra propia psicología. Hablamos, por ejemplo, de la memoria, y ¿acaso no es «algo» parecido á la *inercia* de la naturaleza física? El choque del martillo sobre la cuerda del piano hace que aquélla vibre, pero unos segundos después vemos disminuir, y luego cesar, las rítmicas oscilaciones; y es la inercia la que hace que la cuerda tensa del instrumento no produzca ningún sonido mientras aquélla no es percutida, y es la misma propiedad fundamental la que haría que, una vez vibrante, no finara de extender su nota si el hilo no encontrara resistencias en sus excursiones. Igualmente, en la substancia plástica, en la cuerda de la vida, solicitada á cada instante por múltiples golpeteos, las ondulaciones que se despiertan pueden terminar por fenecer; pero muchas veces se sostienen indefinidamente, en virtud de que la vibración comunicada á una molécula se propaga, en el torbellino de la nutrición, á las nuevas moléculas que entran continuamente en el almacén viviente.

La manera «espontánea» de reaccionar la movediza proteoplasma, ó mejor, esos impulsos que nacen y se extienden en su interior como efecto de una plétora de energía, nada tienen que pedir prestado al genio del hombre: colisiones de moléculas, desmoronamientos y construcciones ignorados, equilibrios que se originan, circulación de fuerzas... todo eso es, seguramente, lo único que interviene en la producción de esas manifestacio-

nes que se nos aparecen como reveladoras de un secreto espiritual que no existe. La propiedad primera—la irritabilidad—de la columna que sostiene sobre sí la figura de la vida, no es más que una forma de la propiedad común á toda la materia de reaccionar ante causas de diversos órdenes; debiéramos decir que el proteoplasma es «reactor», y no «sensible», porque esta última expresión entraña «algo» de psicológico; por lo demás, *irritable* y *sensible* son dos fases diferentes de una misma forma fundamental; la sensibilidad surge á partir de la irritabilidad (1), apareciendo aquélla más luminosa y espléndida en las celdillas de nuestro cerebro; pero mejor que decir: «La substancia viva es irritable ó sensible», diríamos: «Es reactiva ó receptiva reactiva», porque de este modo expresaríamos más puramente la idea de que el fondo de la vida está constituido por fenómenos de naturaleza física y química sobre los cuales se levantan, en ciertas ocasiones tan sólo, «suprafenómenos» que permanecerán cerrados para siempre á la insaciable curiosidad de los hombres.

Éstos suprafenómenos son con los que nos encontramos cuando con nuestro «ojo interior» exploremos los rincones de nuestro interno horizonte. Allí vemos una imagen que nos guía; un recuerdo

(1) Cl. Bernard, *Fisiología general*, trad. esp. id., *Leçons sur les phénomènes de la vie*; Sergi, *Dolore e Piacere. Storia naturale dei Sentimenti*, Milano, 1894.

que nos llena de placer ó congoja; una idea buena ó malvada... pero ¿con qué derecho hablamos de ideas, de recuerdos é imágenes cuando nos referimos á los rudimentos de la vida? Ignoramos el momento en que aquellos fenómenos aparecieron sobre la tierra; sus desconocidos orígenes permanecerán ocultos siempre, siempre infranqueables; cuanto más pensemos sobre este maravilloso problema, más nos convenceremos que la historia de su generación se pierde entre densas sombras. Pero si nada hay que pueda servir de lazarillo para conducirnos por este dédalo, no hay tampoco que pensar que sean los organismos más simples los primeros portadores de una fuerza intencional, consciente, que dirija sus colisiones y que ilumine sus correrías.

Dejando á un lado estos organismos infinitamente pequeños y revisando ahora las numerosísimas formas vivientes que se formaron á partir de ellos, verdaderas matrices de todas las vidas, en el curso de millones de años, como se engendran hoy los animales á partir de la fusión de dos simples células y como surgen las plantas de la semilla fecundada por el tenue polvillo que barniza las anteras en las columnitas estaminales; si miramos, digo, toda la inmensa serie de animales que viven y luchan en la superficie del suelo, en el seno de las aguas y de la atmósfera, tropezamos también con una inmensidad de espíritus que se agitan y revuelven en los nervios y en las celdas

todavía groseras de los seres que carecen de estos instrumentos del «alma» (1). ¿Quién no se admira, por ejemplo, ante la «sabiduría» de las hormigas, de esos insectos gráciles que se entienden por medio de sus antenas, que se reconocen amigos ó enemigos, que pasan, se tactan y saludan, ó por el contrario, se muerden rabiosamente? ¿Qué hombre no se ha pasmado al ver el paciente y conscio trabajo de las hormigas fabricando sus subterráneas galerías, haciendo acopio de provisiones, guardándolas en la despensa de la comunidad? ¿Y quién no se llena de admiración al leer las descripciones que se trazan de los cuidados que tributan á su descendencia, de sus expediciones, de sus guerras y de sus amistades? Es que, indudablemente, en su pequeño cerebro (Fig. 1.^a)—grande, si lo consideramos en relación con el tamaño del sabio insecto—vive un alma, es decir, una fuerza capaz de querer y odiar, de reconocer y olvidar, de guardar, en fin, todas las imágenes de un lenguaje des-

(1) Sobre la psiquis de los animales y sobre el desarrollo mental de las razas y del niño, puede verse: Romanes, *loc. cit.*; id., *Mental evolution in animals*, London, 1885; id., *La evolución mental del hombre*, trad. esp.; Darwin, *L'expression des émotions chez l'homme et chez les animaux*, trad. franc.; Preyer, *L'âme de l'enfant*, trad. franc.; Vierorot, *Physiologie des Kindesalters*; Baldwin, *Le développement mental chez l'enfant et dans la race*, 1897; Flourens, *La intelligence animale*, Paris, 1848; Steiner, *Die Functionen des Centralnervensystemes und ihre Phylogenese*, Braunschweig, 1885-88; Lubbock, *Les fourmis, les abeilles et les guêpes*, Paris, 1883.

conocido por nosotros; es que en la urdimbre de su seso, enlazado por puentes de nervios á los ganglios que se extienden en toda la longitud del aparato de la digestión, existe un esbozo de nuestra alma, de esta alma que elabora grandes concepciones, que se desborda muchas veces en cascadas de

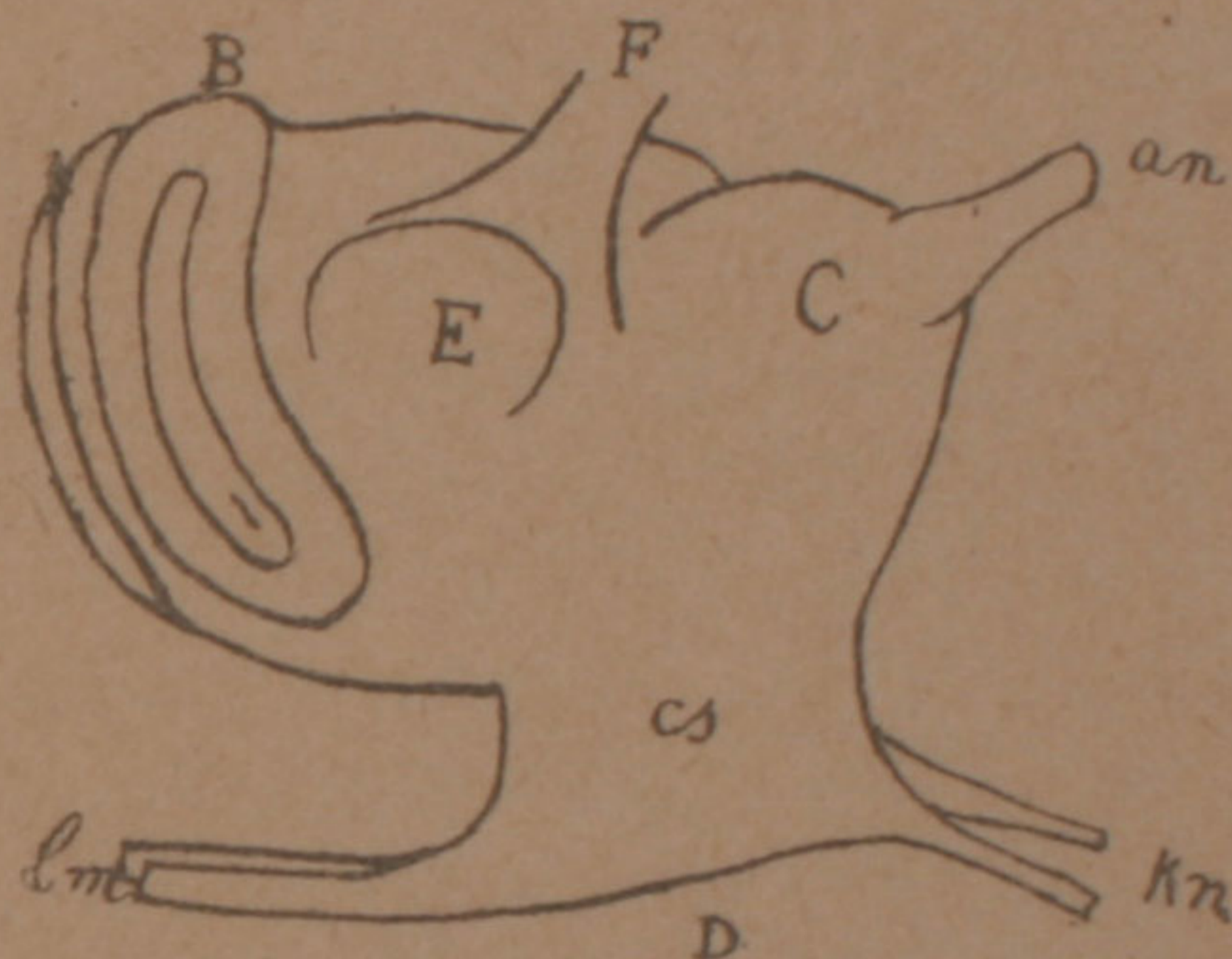


FIGURA 1.^a—Cerebro de hormiga negra, según Rabl-Ruckhard. B, cuerpos pedunculados; E, lóbulo óptico; F, nervio óptico; C, lóbulo antenarior; an, nervio antenarior; D, ganglio infraesofágico; cs, comisura que une el cerebro al ganglio infraesofágico; kn, nervios de la boca; bm, nervios de la cadena ganglionar (1).

palabras, que ama y odia, que lucha y triunfa ó fenecer, de esta alma aventurera que se lanza al botín por sugestión ó egoísmo.

Igualmente, á la vista de los actos de otros animales, sentimos la necesidad de hablar de un «alma», de estados de conciencia. Una pequeña mona, cautiva de dos bohemios, á quienes ayuda á

(1) Beaunis, *L'evolution du système nerveux*.

ganar la vida, se detiene enfrente de mi casa; el animal viste una saya roja y una blusa de un verde que hiere la vista; erguida, sostiene un báculo en una de sus manos, mientras que la otra mano agita acompasadamente una pandera. Á un raro imperativo de la bohemia, suelta el bastón y comienza á danzar vertiginosamente; otro grito, y el macaco detiene sus remolinos; luego el hombre le ofrece un cigarro, y el cautivo animal se entretiene un rato en aspirar aquel veneno; después, brinca, asustando con sus piruetas á los pequeños que, formando corro, contemplan aquellos movimientos groseramente humanos. «Es un niño, ¿verdad?», me pregunta una niña, hija de unos amigos, que está á mi lado en el balcón. «Sí—le dije yo—; un niño que, á fuerza de ser malo, se volvió muy feo y le nacieron pelos en el cuerpo.»

Pues bien; los hombres conservamos por toda la vida un sedimento psíquico de la época infantil y de nuestros salvajes ancestrales, es decir, una tendencia á ver en todos los fenómenos de la Naturaleza el juego de energías espirituales semejantes á las nuestras, y por esta razón es por la que hablamos muchas veces del comportamiento «humano», psíquico de los animales; pero por poco que sondeemos, bien pronto llegamos á comprender lo incorrecto de nuestro lenguaje. Los esfuerzos de algunos hombres (1), menos visionarios ó poetas

(1) Nuel, *La visión*, trad esp.

que los que hicieron y hacen la consagración de las almas infrahumanas, pretenden romper ese espejo en que á diario nos miramos, porque, ¿quién nos puede asegurar lo que pasa en el cerebro de un animal, cuando se le presenta á sus ojos un objeto cualquiera ó cuando suena á su lado una música que á nosotros nos conmovería? ¿Qué análisis, por delicado, por incisivo que sea, puede decirnos si en aquellas celdillas nerviosas se despierta un acto de conciencia, una sensación? La ignorancia más aguda es y será la más fiel compañera de estas preguntas; lo que allá pasa, en el santuario más noble de la vida, en el entretejido de fibrillas y células del cerebro animal, permanecerá siendo un secreto que la exploración humana no llegará á arrancar jamás, y por esto, nuestras ansias de saber—nuestra impotencia—morirá con el último de los hombres. Si no somos víctimas de espejismos, llegaremos tan sólo á profundizar en el estudio del encadenamiento que existe entre las «recepciones» y «reacciones», pero nunca podremos vanagloriarnos de poseer lo que ocurre en el laberinto de la cabeza animal.

Nuestro deber está, pues, en quedarnos con la psicología humana. El verdadero pecado del hombre está en que es demasiado poeta, y en torcer, con su poesía, el rumbo de la ciencia del alma.

Diversas vías por las que puede llegarse á demostrar la pobreza mental de la mujer

Para demostrar la indigencia mental de la mujer, dos vías directas se ofrecen al naturalista: la anatómica y la psicológica; un tercer camino, indirecto, lo constituye el estudio comparativo de los sexos de la animalidad, bajo el doble punto de la anatomía y fisiología nerviosas; y por fin, una cuarta vía está trazada por el estudio fisiológico de los sexos. Pero además de estos cuatro diferentes caminos, hay otro que también puede proporcionarnos datos de valor para fundar una teoría acerca de la pobreza psíquica natural y necesaria de la mujer. El análisis detenido de las biografías de las mujeres «célebres», estudio ya iniciado (1), puede realmente servirnos de mucho, pero á condición de que al marchar por esta senda seamos prudentes; una nueva tentativa de este género debe

(1) Señoras Gerhard y Simon, *Mutterschaft u. geistige Arbeit*, 1900.

ser llevada á cabo por verdaderos psicólogos, es decir, por naturalistas conocedores de la máquina humana con todos sus resortes psicológicos y fisiológicos; y así, por ejemplo, si se trata de mostrar la oposición que existe entre la vida sexual y la actividad de la mente, no debemos contentarnos tan sólo con indagar la fecundidad de las mujeres biografiadas, sino que además debemos pesquisar su robustez, sus enfermedades, el grado de desarrollo material y psíquico de la descendencia, y *sobre todo*, su verdadero tono mental, generalmente exagerado en los trazados biográficos.

Las vías que se ofrecen al psicólogo son, pues, varias, pero todas ellas, como sendas que convergen hacia un mismo lugar, van rectamente á descubrir la indigencia espiritual del sexo femenino. En las páginas sucesivas se hará abstracción del estudio de los complejos psíquicos (moralidad, etcétera), y sólo se tratarán los puntos más sencillos, y por tanto más demostrativos. Me parece, en efecto, que la resolución del problema que abordamos debe buscarse en el análisis de lo más elemental, y de aquí que, en consonancia con esto, tratemos sucesivamente los siguientes puntos: 1.º «Pruebas suministradas por la anatomía.» 2.º «Pruebas sacadas del examen de la sensibilidad.» 3.º «Demostración suministrada por la fisiología y explicación fisiológica de la pobreza mental de la mujer.»

Pruebas suministradas por la anatomía

Aun cuando los datos proporcionados por la Fisiología sean más delicados que los de la Anatomía, no deja esta última de ofrecernos argumentos que prueban que el psiquismo de la mujer es inferior al del hombre, y que este desnivel mental corresponde á diferencias cuantitativas del «órgano del alma». Es cierto que los métodos más incisivos de la Psicología, de la Fisiología y de la Química fisiológica, deben ser los principales conductores de nuestros pasos por un campo tan sembrado de obstáculos; la disección y la balanza pueden, en efecto, revelarnos diferencias ponderales entre el cerebro del hombre y el de la mujer, y aun pueden darnos á conocer diferencias cualitativas, si es que consideramos éstas, con Kant, como formas ó aspectos particulares de la cantidad; pero la exploración psicofisiológica, las «preguntas» á los vivos (y no á los muertos, como hace la disección), es el único medio exquisito capaz de revelar el tono espiritual de los sexos, á la manera que los reactivos químicos hacen surgir en el cristal de la placa los rasgos físicos de una persona ó el conjunto de un paisaje. Yo diría que la balanza nos revela la silueta del espíritu, mientras que los métodos más aristocráticos de la Psicología y Fisiología son los únicos que sacan á la luz los finos detalles de la estructura intelectual.

Á este inacabable debate sobre el lugar que la mujer ocupa en la escala del psiquismo se ha traído por muchos el argumento de que si en *ella* son más pobres las actividades nobles de la vida, esto es debido á la condición social que ocupa, pero de ningún modo á una organización defectuosa de su cerebro. La hembra humana, distraída en el ir y venir maquinales de los quehaceres domésticos, degradada al nivel de «sierva», entregada á labores que no precisan más que la fuerza innata del instinto y el ejercicio más bruto de la estocinesis, ha ido perdiendo, en el curso de la historia, su primitiva igualdad animica con el hombre. «¿Cómo explicar el notable fenómeno—pregunta Bebel (1)—de que entre los pueblos poco civilizados, como los negros y casi todas las tribus salvajes, la masa y el peso del cerebro en la mujer y en el hombre se diferenciarian muchísimo menos que en los pueblos civilizados?» Y responde: «Sólo puede explicarse por el hecho de que los hombres sujetos á la civilización han desarrollado hasta lo sumo las funciones cerebrales, descuidadas y abandonadas en la mujer. Hemos demostrado en la primera parte de esta obra que en los primitivos tiempos apenas diferían las cualidades físicas y morales de ambos sexos, y también que á consecuencia de la situación preponderante adquirida por el hombre y su dominio sobre la mujer durante un largo período

(1) A. Bebel, *La mujer en el pasado*, etc., trad. esp.

de evolución, ha debido acentuarse la vida cerebral masculina.»

Tendremos ocasión de ver más adelante que las diferencias en el peso de los cerebros de ambos sexos son naturales y congénitas, y que nuestros más próximos parientes, los antropoides, están sujetos á la misma ley que rige las diferencias sexuales del cerebro humano. La pequeñez de éste en la mujer constituye una válvula destinada á asegurar la conservación de la especie mediante la fecundidad y procreación de individuos robustos, hasta el extremo que si la actividad mental de la mujer igualara nada más á la del hombre, asistiríamos inmediatamente á la despoblación y ruina de la especie.

Un argumento que los defensores de la mujer podrían traer á nuestro terreno es el de que la capacidad craneal de las parisienses actuales es inferior á la de las chinas y esquimales, y que el peso del cerebro de la mujer inglesa es más bajo que el de las chinas, esquimales y negras del Dahomey; y este argumento podrían traerlo á cuento de una supuesta degeneración de la mujer europea. Unas páginas más adelante tendremos ocasión de someter estos datos á una interpretación rigurosamente científica; pero lo que desde luego sería verdaderamente interesante, era la averiguación de si las diferencias sexuales del cerebro son extensivas á todas las especies animales ó solamente á aquellas que llevan en sus entrañas, nutriéndolo con su sangre, el producto de la concepción.

La cubicación del cráneo conduce á la conclusión que el de la mujer, sea cualquiera la raza á que pertenezca, es de capacidad inferior al del hombre. La capacidad craneal de los parisienses contemporáneos es de 1.558 c. c. para los hombres y de 1.337 c. c. para las mujeres; de 1.518 y 1.383 respectivamente, para los chinos; 1.539—1.428 para los esquimales; 1.347—1.181 para los australianos; 1.329—1.298 para los nubios, y 1.430—1.251 para los negros del África Occidental. Estas diferencias sexuales en la capacidad del cráneo son extensivas á todas las razas y variedades humanas, á los corzos, guanchos, etc., etc.

Si la mujer debiera la pequeñez de su cerebro al género de vida que observó y aun observa en la sociedad; si las diferencias mentales, consideradas como obra del papel que se vió obligada á desempeñar la mujer y no como labor de la selección natural, fueran realmente determinadas por la fuerza dominadora del macho, no se comprendería por qué las mujeres de las razas más inferiores tienen una menor capacidad craneal que los hombres respectivos. Es cierto que comparando las cifras obtenidas (restando de las cifras que representan la capacidad craneal de los hombres las que expresan la capacidad de las mujeres) se demuestra una gran ventaja en favor de las mujeres de las razas inferiores en relación con la mujer europea; las hembras nubias, por ejemplo, se aproximan mucho más á sus machos que las amarillas

y blancas á los hombres de las razas correspondientes; y así, mientras que la diferencia craneal entre los sexos nubios es solamente de 31 c. c. (en favor de los hombres), la que existe entre los parisienses es de 211 c. c. y entre los chinos de 125. Después de los nubios, los cráneos femeninos que se aproximan más por su capacidad á los cráneos del sexo opuesto, son los de la cavernas del Homme Mort (93 c. c.)

Parece, pues, que con independencia del estado social de los distintos pueblos, la capacidad de la cápsula craneal de la hembra es siempre inferior á la del macho, lo cual demuestra que éste posee un cerebro mayor, y por consiguiente, facultades mentales superiores á las que poseen los individuos del sexo femenino. Por otra parte, descendiendo al examen de los antropoides superiores, se demuestra que la capacidad craneal de las hembras es inferior á la de los machos, de lo cual debe deducirse que estas diferencias sexuales constituyen un carácter general adquirido y luego fijado por la selección.

Capacidad craneal media de los antropoides, en centímetros cúbicos (1)

	Macho	Hembra
Gorila.	498	458
Chimpancé.	409	392
Orangután.	426	406

(1) Rauke, *Der Mensch*, 1894.

Análogos resultados se obtienen comparando el peso del cerebro de los antropoides y del hombre en ambos sexos. Para este último, he aquí el siguiente cuadro (1):

	HOMBRES — Gramos	MUJERES — Gramos
Ingleses.. . . .	1.425	1.222
Chinos.	1.357	1.298
Esquimales.. . . .	1.396	1.247
Negros Dahomey.. . . .	1.322	1.249
Australianos.	1.197	1 160

El cerebro de la mujer inglesa es mucho menos pesado, relativamente al del hombre de la misma nacionalidad, que el cerebro de las mujeres china ó esquimal puesto en cotejo con el de los machos de los tipos respectivos.

Si de la comparación de las capacidades craneales y pesos cerebrales de los adultos pasamos á la de los niños, se observan siempre las mismas ventajas en favor de los individuos del sexo masculino. Suponiendo igual el peso de los recién nacidos de los dos sexos, los diámetros de la cabeza del niño, medidos *in vivo*, están más desarrollados que los de la niña (2); y si de esto pasamos á la cubica-

(1) Davis, *Contribution towards determining the Weight of the Brain in Different Races of Men*, 1868.

(2) Pfannkunch, *Arch. für Gynecologie*, Bd. IV.

ción del cráneo, inmediatamente se revela la mayor capacidad de los varones.

Capacidad craneal media de la infancia, en centímetros cúbicos (1)

	Varones	Mujeres
Recién nacido.	400	360
De dos meses.	540	510
De un año.	900	850
De tres años.. . . .	1.080	1.010
De diez años.. . . .	1.360	1.250

Como se puede deducir de estas cifras, las diferencias ponderales del cerebro van creciendo progresivamente á partir de los dos meses de edad.

Ante todas estas pruebas, parece bien establecido que la preponderancia cerebral del macho, en todas las razas y edades, es un hecho natural y congénito. Además, Rüdinger (2) ha establecido, por lo que respecta al desarrollo y conformación de las circunvoluciones y de los pliegues de paso, que el cerebro del niño y el del hombre adulto ofrecen mayor complejidad en la disposición de los *gyrus* y en la riqueza de sus plegaduras que los cerebros de la niña y de la mujer adulta, respectivamente.

¿Qué valor debemos conceder á todos estos datos recogidos en el campo de la Anatomía? Estas

(1) Welcker, *Untersuchungen über Wachstum und Bau des menschlichen Sædels*, 1862.

(2) *Ein Beiträge zur Anatomie des Sprachcentrum*, 1882.

demostraciones suministradas por la balanza y por la disección, ¿son suficientes para establecer la pobreza mental del sexo femenino? Indudablemente, no; pero aun no mirándolas como expresoras de inferioridad psíquica, no dejan de alumbrar medianamente el camino por donde marchamos. En realidad, el peso bruto del cerebro no basta para revelarnos la capacidad mental de los sujetos, y aun cuando es frecuente que individuos de cultura elevada posean un cerebro tanto más pesado cuanto mayor es aquélla, no dejan de presentarse casos en los cuales hombres de reconocida inteligencia tienen un cerebro de menor peso que el *medio*, y otros casos en los que individuos de razas inferiores, ó alienados, son dueños de un cerebro que sobrepasa, en muchos gramos, al peso medio del cerebro de los europeos.

He aquí el peso de algunos cerebros pertenecientes á grandes hombres:

Turgueneff.	2.012 grs.	Dante.	1.420 grs.
Cuvier.	1.861 »	Liébig.	1.352 »
Broca.	1.848 »	Tiedeman.. . . .	1.254 »
Byron.. . . .	1.807 »	Döllinger.. . . .	1.207 » (1).
Kant.	1.600 »	Hermann.. . . .	1.358 » *
Schiller.	1.580 »	Bennet.	1.332 » *
Gauss.. . . .	1.492 »	Haussmann. . . .	1.226 » *
Dupuytreu. . . .	1.437 »	Gambetta.. . . .	1.294 » * (2).

(1) Hasta Döllinger, están tomados de Williger, *Gehirn und Rückenmarck*, 1905.

(2) Los señalados con un asterisco están tomados de Francotte, *Antropología criminal*, trad. esp.

No creo que los defensores de la genialidad de la mujer tomen en cuenta toda la serie de hombres eminentes cuya cerebro no llega á alcanzar el peso medio de 1.390 gramos, porque este argumento perdería todo su valor enfrente de la íntima y casi general relación que existe entre el desarrollo de la cultura y el aumento del peso del cerebro en las personas distinguidas, y de la que existe entre los mismos factores en las diferentes razas.

Ciertamente, no es sólo el peso del cerebro lo que expresa la capacidad mental de un sujeto; además de aquel factor hay otros, histológicos y químicos, de los cuales depende el grado de actividad del espíritu. La cantidad de agua del cerebro, la proporción de ese fluido tan importante en todas las manifestaciones vitales, desempeña en este sentido uno de los principales papeles. Es un hecho demostrado que los tejidos de la economía son tanto más ricos en agua cuanto mayor es su actividad, y por lo que se refiere á la substancia nerviosa, la «gris», la que más trabaja, es también más rica en aquel principio que la «blanca» (1); el cerebro del niño contiene mayor capital acuoso que el del adulto, hasta el punto que se ha invocado esta mayor riqueza en agua como causa de la excesiva impresionabilidad de los infantes (2); de

(1) Desprez, *Essai sur la composition chimique du cerveau*, 1867.

(2) Vierordt, *loc. cit.*

donde resulta que uno de los factores más influyentes en la actividad cerebral, está representado por la proporción de agua, tanto más cuanto que se ha demostrado experimentalmente la importancia de aquel fluido en el funcionamiento de las celdillas nerviosas (1).

Indudablemente, un cerebro que contenga una gran cantidad de agua diferirá en peso de otro cerebro del mismo volumen, pero que posea distinto capital acuoso, y por consiguiente, la cantidad de substancia activa hasta podrá ser menor en aquél que en éste; pero es muy probable, por lo demás, que tanto una cantidad excesiva como deficiente de agua, sea condición desfavorable para el trabajo funcional del cerebro, mientras que, dentro de ciertos límites, una mayor proporción porcentual de aquel líquido debe considerarse como un signo de superioridad, es decir, como favorable á la actividad del espíritu. (En algunas enfermedades, como la hidrocefalia, por ejemplo, los trastornos funcionales del cerebro quizás se deban á una exagerada imbibición acuosa de las células nerviosas, mientras que en otros procesos morbosos, en los que hay grandes pérdidas de agua por el intestino (disenteria, cólera, etc.), se deberían en parte á la sustracción de agua que experimentan los elementos del sistema nervioso.)

(1) Ducceschi, *Lo sperimentale*, 1898; Battelli, *Arch. de physiologie et de pathologie générale*, 1900.

Hay, además, otros factores de los que depende el trabajo de nuestras fibras y celdillas nerviosas. En otro lugar (1), fundándome en las investigaciones comparativas de v. Bibra (2) y en datos sacados aquí y allá de las análisis practicadas sobre cerebros de distintas especies animales, y dentro de una misma especie, en distintos períodos del desarrollo, me expresaba en estos términos: «... el progreso anatómico y funcional de los elementos ganglionares está en íntima conexión con el aumento de la proporción de fósforo unido, bajo la forma de ácido ortofosfórico, al resto CH_2O de la glicerina, es decir, con el número de moléculas lecitínicas contenidas en el protoplasma nervioso.»

.

«... Puede decirse que á medida que disminuye el fósforo albuminoideo en el curso de la evolución de las células nerviosas, aumenta paralelamente el fósforo existente en el citoplasma bajo la forma de lecitinas, ó de otro modo: que las cantidades de grasa fosforada y de nucleínas están en razón inversa en todos los momentos evolutivos onto-filogénicos; de consiguiente, debe concluirse que las funciones bioquímicas de estas dos categorías de principios inmediatos (lecitinas y núcleo-albuminoides) adquieren diferentes valores en los diver-

(1) *Sobre la evolución química del sistema nervioso, etcétera*, 1906.

(2) *Vergleichenden Untersuchungen über das Gehirn des Menschen und der Wirbelthiere*, Naunheim, 1854.

esos períodos del desarrollo del sistema nervioso. Parece, de una parte, que la función del protoplasma ganglionar es menos activa en las especies animales inferiores y en los animales jóvenes que en el hombre y en los organismos correspondientes á los últimos eslabones de la descendencia, y que, de otra parte, los núcleo proteidos del núcleo y citoplasma nervioso desempeñan un papel bioquímico más importante en el funcionamiento de los elementos ganglionares del recién nacido y de los animales inferiores... Además, el hecho de que la substancia gris sea más rica en lecitinas (17'24 %) que la blanca (9'9 %) —según los análisis de Petrowsky— demuestra que la función bioquímica de la molécula lecitínica está íntimamente eslabonada á las actividades del protoplasma ganglionar.»

Visto que el cerebro de la mujer es menos pesado que el del hombre, queda por dilucidar si, á pesar de su pequeñez, el cerebro de la hembra es capaz de manifestaciones mentales tan profundas y activas como el del macho. ¿No es cierto que ya que la inteligencia de Liébig, por ejemplo, asentó sobre un órgano de pequeño peso, el también pequeño cerebro de la mujer puede ser tan genial como el del hombre? ¿No es cierto que su alma puede elevarse, subir, subir y convertirse en el más grande de los genios? Nada de eso. La mayor parte de los europeos, y aun muchos individuos de las razas inferiores, poseen un cerebro superior, en peso, al de los personajes citados (Gambetta,

Hausmann, Döllinger, etc.), y sin embargo, no llegan á alcanzar su nivel. Esto quiere decir que, en algunos casos excepcionales, supliendo el factor *peso*, se encuentran otros factores de orden morfológico y químico, pero que en el caso más general, es aquel factor el que determina el grado de mentalidad. Ahora bien; cuando la exploración química demuestre que el cerebro femenino, siendo más pequeño que el masculino, posee una composición más delicada, un mayor caudal de principios activos, y cuando la Histología nos enseñe que posee una estructura más fina, entonces colocaremos el cerebro de la mujer al lado de los cerebros de Liébig y Gambetta; pero mientras tanto no llega ese venturoso día, durmamos tranquilos, porque antes que la Química y la Histología confirmen las esperanzas de los feministas, antes, digo, la disección y la balanza, la Psicología y la Fisiología, la Historia, en fin, nos enseñan que las aspiraciones de la mujer no están conformes con su naturaleza y que la mente femenina no puede salvar el dintel de la genialidad.

Aun teniendo en cuenta las diferencias en la estatura de los sexos, resulta que el cerebro femenino es menos pesado que el del sexo opuesto (1); pero como la talla no puede tomarse como expresión rigurosa de la masa activa del cuerpo, el mejor procedimiento consiste en comparar el peso del

(1) Parchappe, *Recherches sur l'encéphale*, París, 1836.

cerebro y el de un hueso que, como el del muslo, representa aproximadamente el valor de la masa muscular, la parte principal y activa del organismo. Por este camino se ha llegado á la conclusión, aparentemente extraña, de que el cerebro de la mujer, si en absoluto es menos pesado que el del hombre, posee un peso relativo mayor que el de éste (1), y por consiguiente, que la psiquis femenina no desmerece en nada á la masculina, sino que aun aventajaría á esta última.

Si la gran mayoría de las mujeres aparece menos inteligente que la generalidad de los hombres, sería debido á que su género de vida, la educación, etcétera, refrenan el desarrollo y manifestaciones de su alma; en el cerebro de la mujer existe una semilla capaz de germinar y de dejar en la sombra las actividades del sexo opuesto, pero que si no se ha desarrollado, florecido, fué por falta de abono, de calor y luz. Ya no puede concebirse que la capacidad mental del hombre sea igual, y menos superior á la de su compañera; la verdad es que el alma de ésta está dormida, aletargada, por falta de estímulos que la despierten, mientras que la del hombre, abonada por la cultura, por el ejercicio, se encuentra en plena ebullición; pero si colocáramos el alma de la mujer en condiciones excelentes, no sólo igualaría, sino que superaría en vegetación

(1) Véase Richet, en el *Dictionnaire de Physiologie*, artículo «Cerveau».

al espíritu del hombre. Si es cierto que en nuestra sociedad se pierden muchas semillas de genio (1), nuestro desconsuelo debe ser inmenso al pensar que, en el terreno de la genialidad, son perdidos todos los gérmenes femeninos.

Pero aun admitiendo la conclusión de que el cerebro de la mujer es relativamente más pesado que el del hombre, no resulta forzosamente que la «fuerza en potencia» de la hembra sea mayor que la «fuerza activa» del macho. En el cerebro existen territorios, «centros» que no están en relación inmediata con el trabajo de la mente; los centros de la sensibilidad, por ejemplo, y otros muchos campos cerebrales que están en relación con funciones puramente orgánicas, vegetativas, no juegan más que un papel secundario en la actividad de la psiquis; además de los territorios adonde concurren las impresiones del ambiente ó de los que emanan los impulsos para mover los músculos, existen otros á los que está el psiquismo más íntimamente enlazado: estos últimos son los llamados «centros de asociación», en los que se conservan, funden y combinan las imágenes. De estos centros superiores—que en el desenvolvimiento histórico de los organismos no aparecen hasta los últimos eslabones—es de los que depende la riqueza espiritual; y son precisamente las partes del cerebro correspondientes á estos centros las que, según se desprende

(1) Bebel, *loc. cit.*

de las investigaciones de Rüdinger (1) sobre el centro del lenguaje y según se infiere de los resultados obtenidos por la medición de los diámetros de la cabeza en los dos sexos, se encuentran menos desarrolladas en la mujer (2).

La extirpación de los lóbulos frontales en algunos animales acarrea una debilitación considerable del instinto sexual (3); el macho que, cuando sano, abrazaba á la hembra, deja de hacerlo ahora y permanece indiferente ante sus provocaciones. Si los lóbulos anteriores del cerebro intervienen de alguna manera en la función sexual, no es aventurado decir que, del mismo modo que los machos, las hembras poseen también en sus lóbulos frontales un territorio relacionado con la función conservadora de la especie; pero lo más probable es que la falta de ardimiento que presentan los machos operados depende de la abolición de las imágenes representativas de voluptuosidad.

Broca, en un trabajo sobre *L'influence de la civilization sur le volume, la forme et les differences sexuelles du crâne et du cerveau*, ha llamado la atención sobre un hecho de lo más sorprendente

(1) Bebel, *loc. cit.*

(2) Como Bebel indica con razón, uno de los elementos estéticos de la mujer lo constituye la frente baja y algo deprimida, y de aquí que la moda, algunas veces en armonía con la estética, obligue á las mujeres de frente espaciosa á disimularla con peinado á propósito.

(3) Bianchi, *Atti dell Congresso*, 1894, v. II.

que podemos imaginar: que la capacidad craneal de los antiguos trogloditas del Homme-Mort es bastante mayor que la de los parisienses contemporáneos, pues mientras la de aquéllos está representada por las cifras 1.606—1.507 c. c. para los dos sexos, masculino y femenino respectivamente, la capacidad de los parisienses del siglo XIX es solamente de 1.558—1.337 c. c. ¿Podría, sin embargo, deducirse de estas cifras que la mentalidad del habitante de las cavernas del Homme-Mort fuera superior á la de los parisienses contemporáneos? Esto, de una parte; de otra parte, el peso del cerebro de la mujer inglesa es, como dijimos, bastante menor que el cerebro de la esquimal; y ¿podríamos deducir de estas pesadas que la mentalidad de las esquimales sea más floreciente que la de las mujeres de la Gran Bretaña? Me parece que todas las respuestas serán conformes y negativas.

Según Broca—que explica el peso más grande del cerebro de los hombres primitivos por el «género de vida»—, aun cuando «debiéramos admitir que ha habido en nuestro país (se refiere á Francia) una ó varias razas prehistóricas dotadas de un cerebro mucho mayor que los parisienses del siglo XIX», estos últimos tendrían más desarrollado el cráneo anterior, al contrario de los cráneos trogloditas del Homme-Mort y de Cro-Magnon. La civilización ha obrado, pues, paradójicamente, achicando la capacidad craneal y el peso del cerebro; en efecto, puede comprenderse cómo un deter-

minado género de vida, que desarrolla fuertes potencias musculares y que aguza extraordinariamente los sentidos, ha influido en el desarrollo cerebral de las razas prehistóricas, engrosando, desarrollando aquellos territorios de donde arrancaban y adonde afluían los impulsos voluntarios y las impresiones del mundo, y se comprende también que con los progresos de la civilización, á medida que la lucha por la existencia se fué suavizando, al paso que la agilidad y la fuerza y los sentidos degeneraban, el cerebro experimentaba una reducción en ciertos centros, mientras que otros—el centro de asociación frontal, especialmente—se fueron desarrollando más y más.

La mujer está enfrente del hombre como están los fenecidos trogloditas del Homme-Mort enfrente de los parisienses contemporáneos. El cerebro de la mujer es mayor que el del hombre (como el cerebro de los pobladores de las cavernas respecto al de los habitantes de la capital francesa), pero, como en este último caso, el lóbulo frontal de aquélla está menos desenvuelto que el de éste. Según esto, no puede decirse que el mayor peso del cerebro femenino predisponga á este sexo á una actividad más poderosa que la del sexo opuesto, pues precisaria, conservando el peso medio que alcanza, que la región de la frente se extendiese más, á expensas de otras zonas del cerebro.

¿No quieren nuestras mujeres europeas pasar por menos inteligentes que las de otras razas que

tienen un cerebro más voluminoso que el suyo?... Pues entonces que no se sirvan del argumento que su cerebro es mayor, relativamente, que el cerebro masculino, para nivelarse ó aun superar intelectualmente á los individuos de este sexo. Claro está que nuestras damas no deben mirar por este camino la más grande disminución de su capacidad craneal en relación con las mujeres de las cavernas (reducción que asciende á 170 c. c.) como un progreso mayor en la mentalidad de su sexo, atendiendo á que en el sexo «fuerte y feo», la reducción asciende sólo á 48 c. c. Sería efectivamente gracioso oír argumentar á nuestras mujeres de la manera siguiente: «Ya que la civilización actuó achicando la capacidad del cráneo y, por consiguiente, el peso del cerebro, nosotras, que hemos sufrido un mayor achicamiento de nuestra cabeza, debemos mirarnos lógicamente como superiores á vosotros, hombres presuntuosos...»

Lo mismo podría decirse por lo que respecta á la relación entre la capacidad craneal y la talla (ó el peso) del recién nacido y del sujeto adulto. En aquél, la capacidad del cráneo está con la talla en la relación de 782 : 100 y en éste como 88'8 : 100; y por lo que se refiere al peso, la capacidad craneal del recién nacido es como 11'42 : 100 y en el adulto como 2'62 : 100. Á pesar de estos datos, que acusan un cerebro mucho mayor en el feto de término que en el individuo adulto (en relación con la talla ó el peso, representados por la cifra 100),

nadie deduciría que el psiquismo es más activo en aquél que en éste. Se concibe, pues, que el peso del cerebro no nos dé realmente la medida de la potencia, ó mejor, fuerza viva mental. El niño, en pleno período de formación física y psicológica, cuando aun no existe en su alma una sola idea adquirida, y en lo sucesivo, cuando lentamente va desenvolviendo su espíritu, tiene un peso cerebral relativamente bastante mayor que el adulto, en el que están ya desarrolladas por completo las facultades psíquicas. Forzando un poco el significado real de las cosas, pudiera decirse que el cerebro del infante es al del hombre adulto como el cerebro de los trogloditas de las cavernas al cerebro del europeo de nuestros días (1).

El cerebro de la mujer se aproxima, más que el del hombre, al cerebro de los antropoides. La frente, más estrecha en las mujeres de todas las razas que en los hombres respectivos y el menor

(1) Aun cuando es ley general que, en estado normal, los tejidos son tanto más activos cuanto mayor es su proporción de agua, no debe deducirse de esto que, siendo el cerebro del niño más rico en agua que el del adulto, la actividad psíquica de aquél sea más grande que la de éste. En efecto, hay que distinguir la «actividad nutritiva» de la «funcional»; en el caso del niño, si la nutrición es más activa, lo es en tanto que depende de ella el alcance y consolidación de la estructura definitiva del cerebro; pero más tarde, cuando se encuentra ya completamente formado, no precisándose aquel grado de actividad *formativa*, se mantiene tan sólo la necesaria para entre- tener las funciones específicas del sistema nervioso.

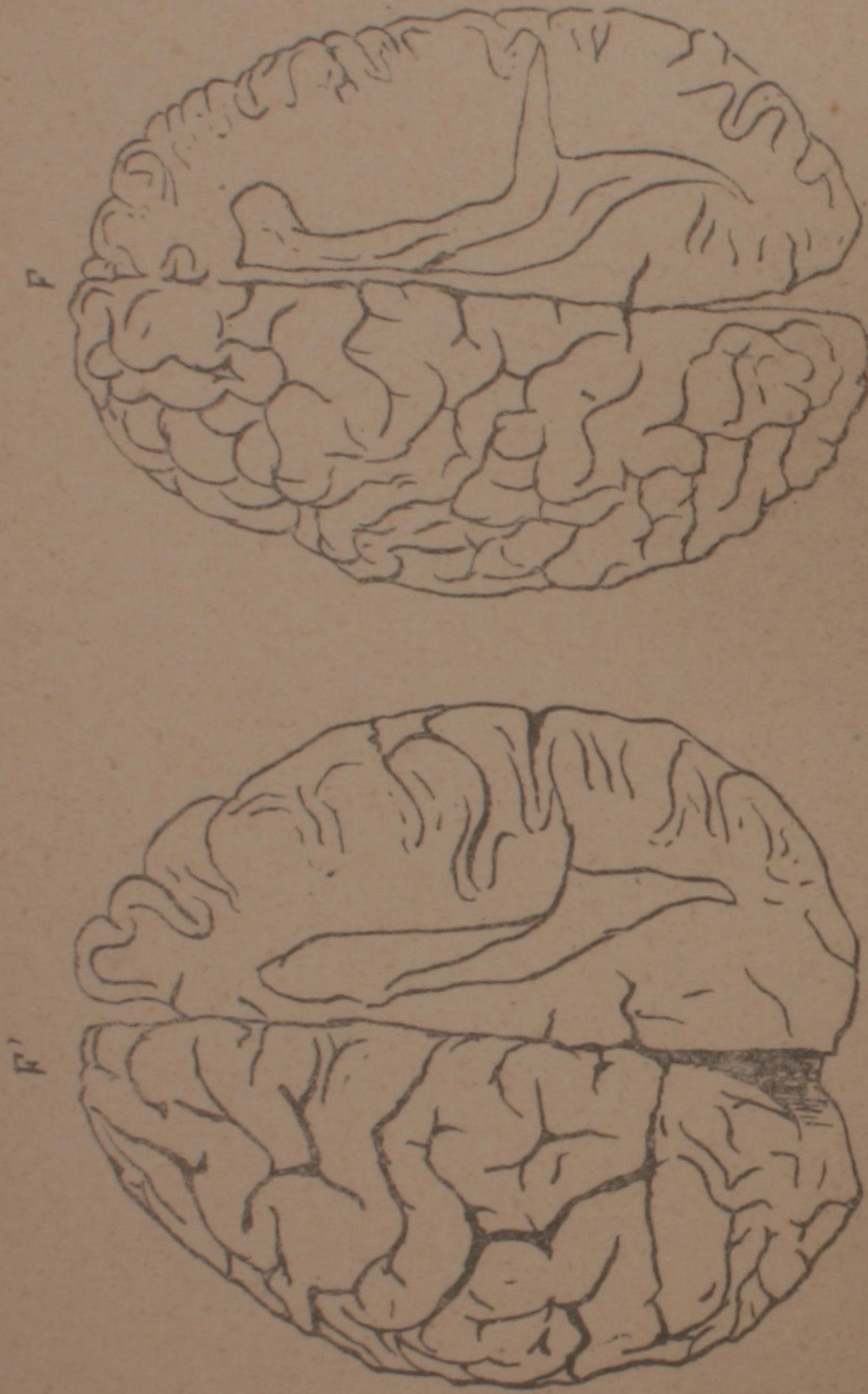


FIGURA 2.^a—Norma verticalis de los cerebros de hombre y chimpancé, para poner de manifiesto la diferencia de desarrollo de los polos frontales FF'. (En la figura, la norma v. del cerebro de chimpancé está ampliada.) (1).

(1) Beaunis, *loc. cit.*

desarrollo del lóbulo frontal en el sexo femenino, sobre todo de la tercera circunvolución frontal, que existe en los antropoides al estado rudimentario, son observaciones que vienen en apoyo de que la capacidad anímica del sexo femenino es menor que la del sexo opuesto. ¿Ha de admitirse, por otra parte, que el desarrollo de los lóbulos frontales esté en relación con la actitud bípeda, es decir, con el mayor número de masas musculares y con la más grande flexibilidad del tronco? (1). Si puede descubrirse algún paralelismo entre la estación y el desarrollo de los lóbulos frontales, no puede decirse, sin embargo, que sean dos fenómenos sujetos por mutua dependencia, porque, como es sabido, la parte del lóbulo frontal que inerva los músculos del tronco y de las extremidades no lo constituye por sí sola, sino que, por el contrario, la más grande extensión de la porción anterior del cerebro está ocupada por el centro de asociación frontal, el más importante órgano del pensamiento.

Para que pueda observarse la distribución comparada de las distintas áreas frontales del cerebro humano y de orangután, se reproducen aquí las dos figuras siguientes tomadas de la plancha XXII, de una notable obra de Campbell (2). El área *motora precentral* está señalada por el espacio de

(1) Gil y Morte, *Tratado de Fisiología humana*.

(2) Campbell, *Histological studies on the Localisation of cerebral Function*, 1905.

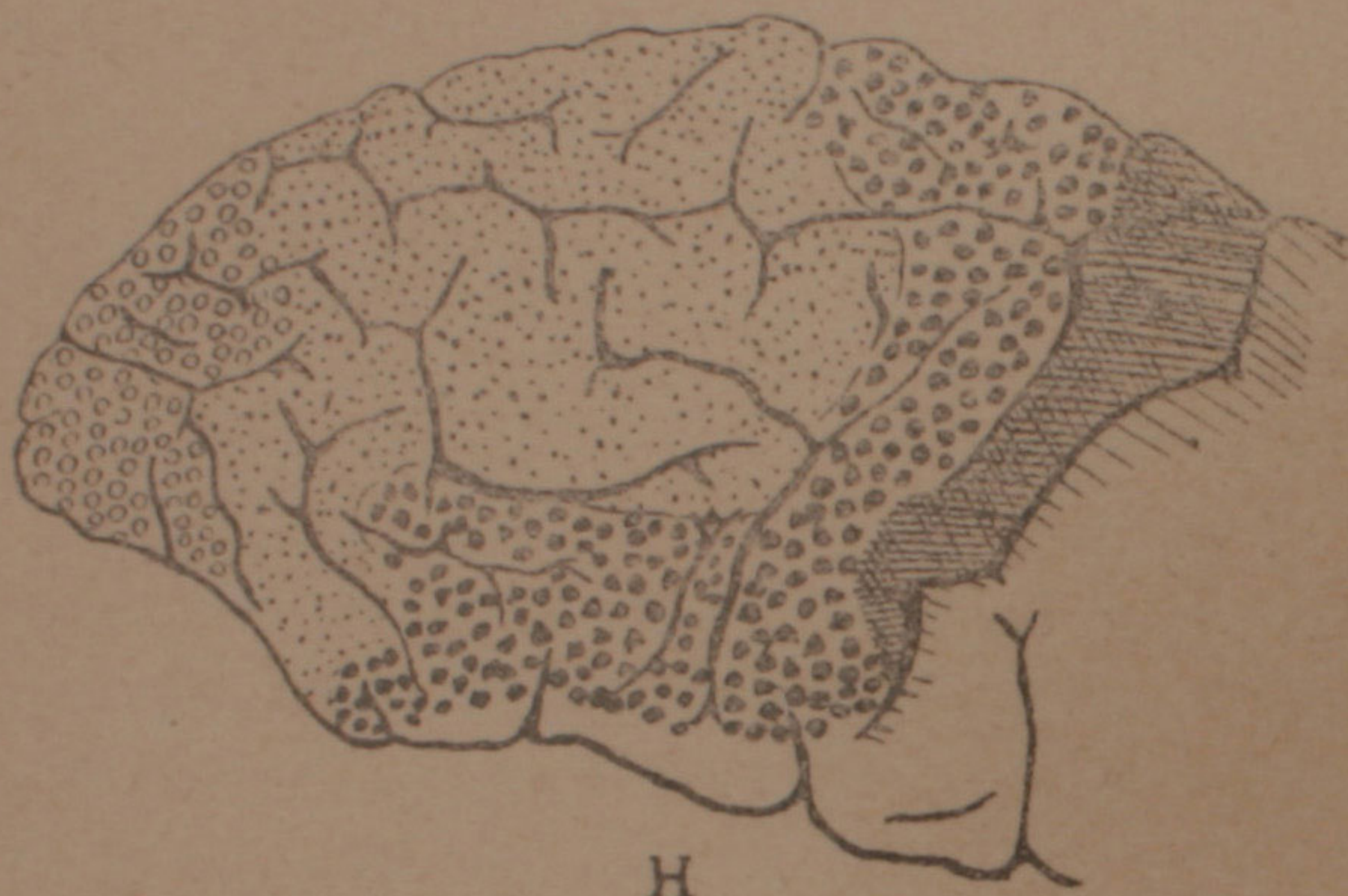


FIGURA 3.^a



FIGURA 4.^a

líneas cruzadas; la *precentral intermedia* por el punteado grueso; la *frontal*, por la zona sembrada de puntos finos, y la *prefrontal*, por la parte más anterior ocupada por pequeños círculos. (La figura marcada con la letra H corresponde al cerebro humano y la indicada con O al cerebro del orangután.)

(Comparando estas figuras se nota al primer golpe de vista la extensión mucho más considerable que ocupan en el cerebro humano las áreas frontal y prefrontal, que son precisamente las que constituyen el órgano del pensamiento. El cerebro de la mujer se parece más que el del hombre al cerebro de los monos superiores.)

La mayor ó menor aptitud para el trabajo psíquico no depende únicamente de la cantidad de substancia que compone el cerebro, sino más bien del desarrollo de determinadas regiones cerebrales, resultando la pobreza mental relativa de la mujer del desarrollo menos floreciente de estas áreas ó centros, comparado con el peculiar desarrollo del sexo opuesto. Cuando estudiemos, en el capítulo siguiente, el sexo femenino bajo el punto vista psicológico de la sensibilidad, nos penetraremos más y más de que la expresión «sexo débil», empleada para designar la hembra humana, es justa, no sólo en el sentido físico, sino también en el sentido intelectual.

Las partes más importantes del cerebro—es decir, las más importantes en el aspecto psicológico—se encuentran en la porción más anterior ó

lóbulo frontal. Ya Hitzig (1) y Ferrier (2), en sus investigaciones acerca de las funciones del cerebro, habían llegado á sentar que el lóbulo mencionado era la sede de las facultades más elevadas, de la memoria, de la atención, etc., y que esto es así, está corroborado indirectamente por la observación de que, con el progreso, el departamento anterior del cráneo (que alberga la zona frontal del cerebro) ha ido desenvolviéndose, haciéndose más vertical y espaciosa la frente, más bella... Pero el descubrimiento de los «centros de asociación», de campos corticales que no están en directa relación ni con los nervios sensibles ni con los motores, ha venido más tarde á dar un gran paso en este sentido. Efectivamente, estos centros deben mirarse como el verdadero «órgano del pensamiento» (3), «como el substratum anatómico de lo que se llama experiencia humana, saber, conocimiento, lenguaje, sentimientos estéticos, morales, etc.» (4).

Mientras que en el hombre los centros psíquicos ocupan las dos terceras partes de la superficie cerebral, en los animales se encuentran muchísimo más reducidos (basta echar una ojeada á las figuras 3 y 4, tomadas de la obra de Campbell (5), para

(1) *Untersuchungen über das Gehirn*, Berlín, 1874.

(2) *Les fonctions du cerveau*, trad. franc.

(3) Flesching, *Gehirn und Seele*, Léipzig, 1896.

(4) Van Gehuchten *Le système nerveux de l'homme*, 1906.

(5) Alfred W. Campbell, *loc. cit.*

Sobre las teorías del alma y sobre los centros superiores é

comprender la enorme diferencia que, por lo que respecta á la extensión del centro anterior, existe entre el cerebro humano y el de los antropoides). Hay que tener presente que, además del centro de asociación frontal, existe otro centro «psíquico» que se extiende por las regiones media y posterior del cerebro: es el centro «témpero-parieto-occipital». En el hombre, «gracias á la acción inhibidora que ejerce sobre la actividad del resto de la corteza, el centro frontal (de asociación) parece haber usurpado el principal papel en todos los procesos psíquicos» (1), mientras que en los animales las funciones que juzgamos psíquicas asientan principalmente en el área posterior ó témpero parietal.

Si hacemos aplicación de estos datos á nuestro especial objeto, resulta (de las investigaciones anatómicas sobre el cerebro y de los caracteres antropológicos de los sexos) que en la mujer no se encuentra tan desarrollado como en el hombre el centro frontal de asociación, al contrario de lo que ocurre con la zona posterior. El cerebro femenino, en su manera de funcionar, se parece al de las bestias más que el cerebro del hombre; la mujer trabajaría más, intelectualmente, con el centro

inferiores, pueden verse los capítulos *Assosiation, Niedere und höhere Centrum, Hirnlocalisation, Materialische Seelentheorien*, etc., en el tomo IV de la *Allgemeine Biologie*, intitulado *Nerven und Seele*, de Max Kassowitz, Wien, 1906.

(1) Bechterew, *Les voies de conduction du cerveau et de la moelle*, Lyon-París, sin fecha.

posterior, aproximándola este rasgo á los animales y á las razas prehistóricas ó á las razas inferiores actuales, en todos los cuales está más desarrollado el centro parieto-temporal comparativamente al centro frontal ó anterior.

Si el cerebro femenino es en realidad más voluminoso que el masculino, hay que atribuir este exceso, no sólo á la mayor preponderancia de los centros de la sensibilidad (ya trataremos este punto en el capítulo siguiente), sino quizá también al mayor desarrollo del centro de asociación posterior. Anatómica y psicológicamente, el cerebro de la hembra humana está, en general, entre el de las bestias y el del macho.

Pruebas sacadas del examen de la sensibilidad

En la complicadísima máquina del cerebro humano, se distinguen diversos engranajes. Podemos decir que allí, en la superficie de su corteza cien-cienta, existen parcelas sobre las que vegetan flores bien distintas; estos campos, que se encuentran esparcidos aquí y allá, limitando unos con otros, compenetrándose, son las bases de nuestros elementos espirituales; de estas parcelas, unas están en relación con los nervios de los sentidos, del oído, del tacto, de la vista, etc. (centros psico-sensoriales); otras dan nacimiento á conductores que transmiten á los músculos los chispazos que los hacen entrar en actividad; y por fin, otras zonas, las más sagradas sin duda—que no están en directa comunicación ni con los nervios de los sentidos ni con los del movimiento—constituyen el verdadero bá-culo material del pensamiento, de la inteligencia, del genio...

Para comprender el modo de funcionar de los diversos centros y para llegar á la explicación de

ciertos fenómenos anormales, Grasset (1) se vale del siguiente esquema (Fig 5.^a), en el cual se representan los centros de proyección ó del automatismo psicológico y el centro superior ó del Yo personal:

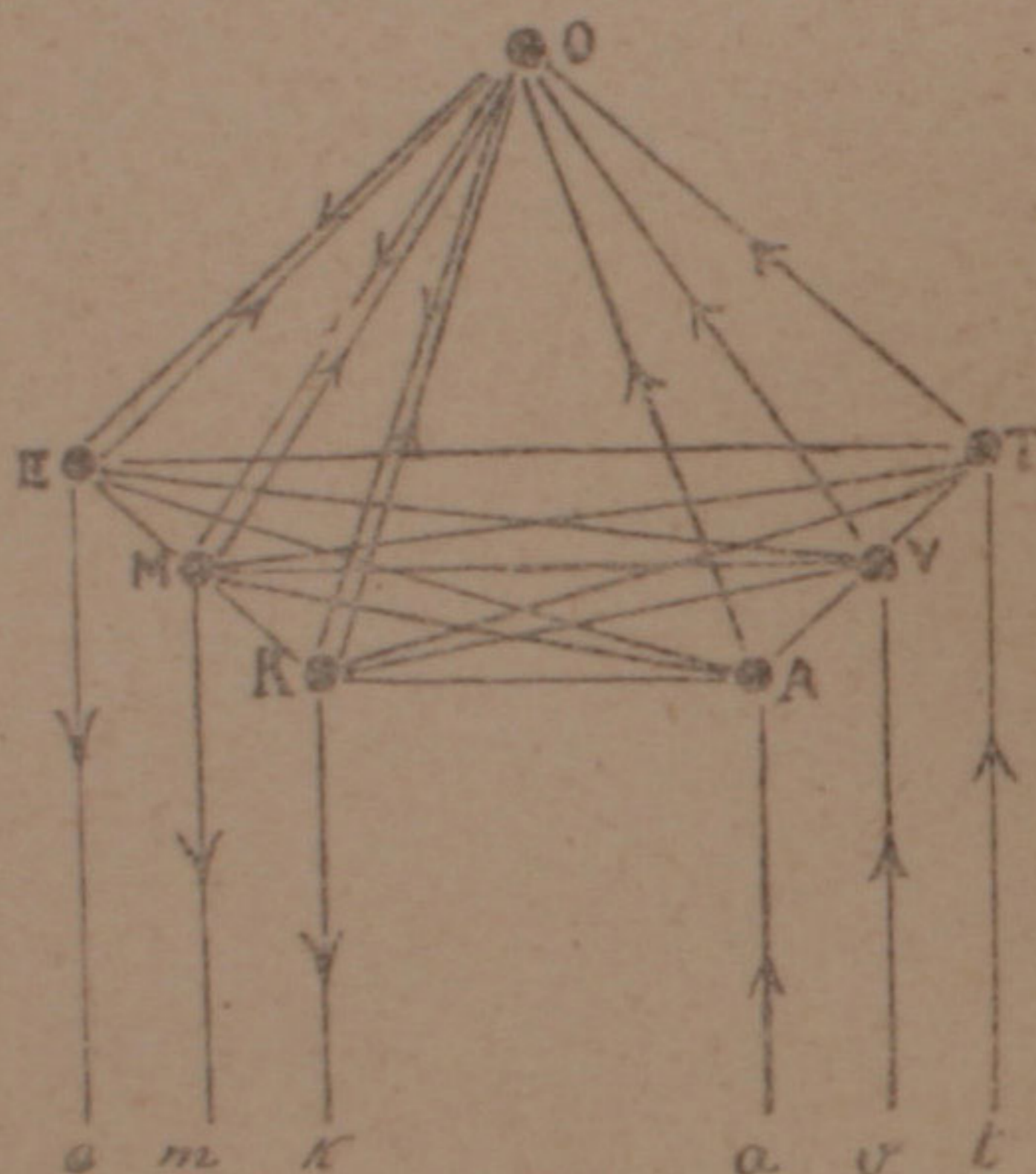


FIGURA 5.^a—O, centro psíquico de la personalidad —E M K A V T, polígono de los centros psíquicos inferiores; E, centro de la escritura; M, centro de la palabra; K, centro de los movimientos generales (E M K, centros motores); A, centro auditivo; V, centro visual; T, centro de la sensibilidad general (A V T, centros sensibles); Ee, Mm, Kk, nervios motores; Aa, Vv, Tt, nervios sensibles; TO, VO, AO, vías de comunicación entre los centros sensibles y el centro superior del Yo personal; OE, OM, OK, dobles vías de enlace entre el centro suprapsíquico y los centros motores — ET, EV, EA, ME, MK, MV, MA, MT, KV, KA, KT, vías intrapoligonales.

Las flechas indican el sentido de la conducción.

Este esquema, aceptable para la fácil comprensión de algunos sorprendentes fenómenos anorma-

(1) Grasset, *El hipnotismo*, trad. esp.

les, es insuficiente para nuestro objeto. Nosotros precisamos un esquema más en armonía con nuestro estudio, y para esto damos aquí el siguiente (Fig. 6.^a):

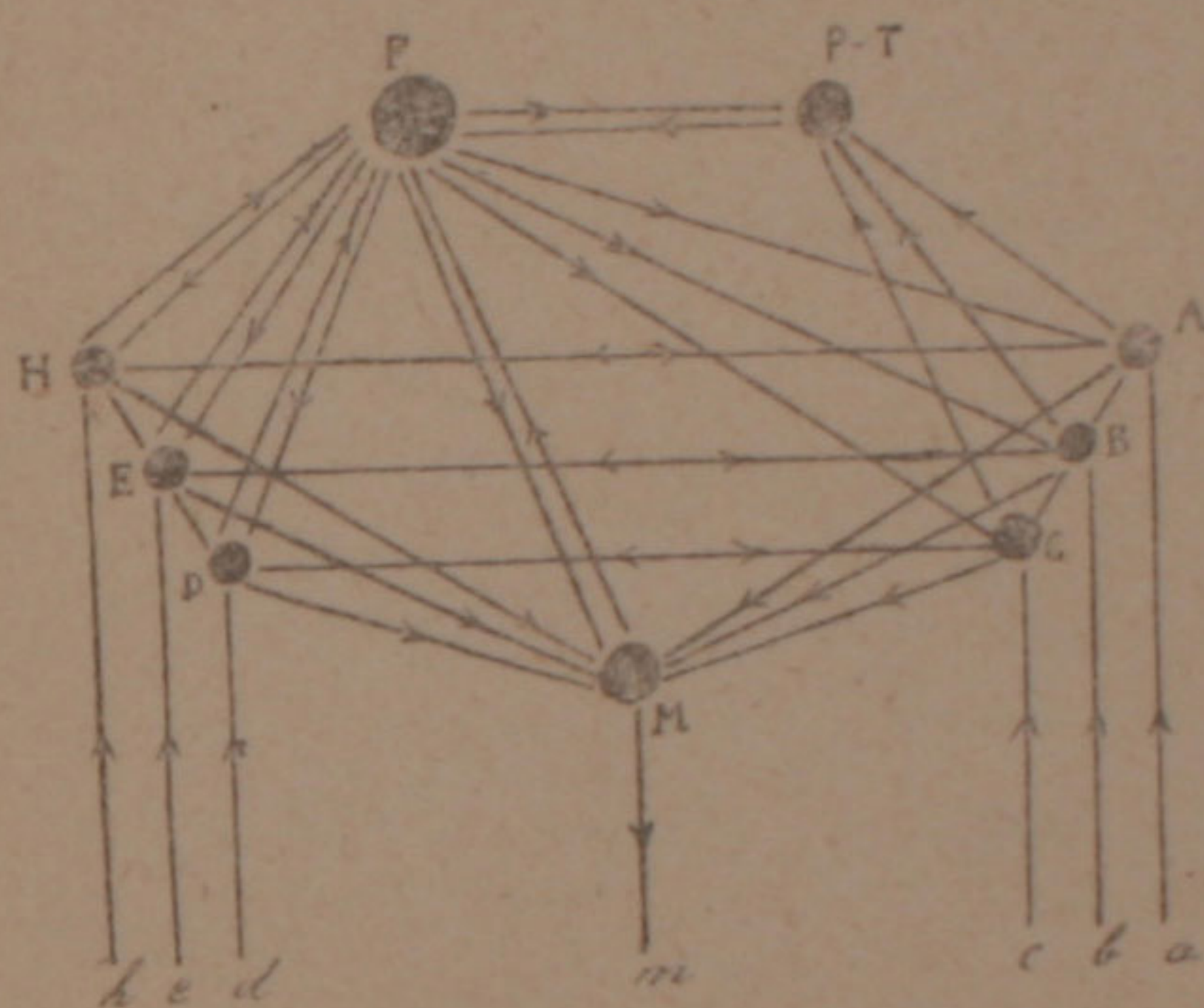


FIGURA 6.^a—F, centro de asociación frontal; P-T, centro de asociación témporo-parietal; A, B, C, D, E, H, distintos, centros sensibles (auditivo, visual, parcial de la sensibilidad táctil, sensibilidad general, gén-sico y olfatorio); M, conjunto de los centros motores.

En el sujeto normal, las impresiones periféricas llegan por las vías aA, bB, etc., á los centros sensibles A, B, etc., y en algunos casos se despiertan movimientos automáticos, porque la excitación, propagándose por las vías intrapoligonales AM, BM, CM, etc., llega al centro motor M y fluye por la vía Mm á uno ó más grupos musculares. (Si suponemos, por ejemplo, un haz luminoso que hiere la retina de un niño, éste orienta, «fija» sus ojos y mueve su cuerpo *hacia* ella; en este caso, la

excitación caminaria por bB, luego se refleja por EM, y por fin descendería por la vía motora Mm hacia los músculos puestos en acción.) Otras veces, las excitaciones periféricas no provocan inmediatamente reacción alguna motora, sino que se encauzan hacia los centros F y P-T, en donde quedan retenidas bajo la forma de imágenes psíquicas. Estos centros de asociación (F y P-T) pueden trabajar conjuntamente y con independencia de los centros inferiores A, B, C, etc., sirviéndose del caudal de imágenes aportado por las impresiones anteriores de los sentidos. El centro «usurpador» F está en comunicación mediante fibras inhibitoras con los centros infrapsíquicos y con el centro de asociación P-T (1).

Los centros F y P-T no están igualmente desarrollados en los sexos humanos. Según se desprende del examen de la sensibilidad, había que admitir que los centros sensibles A, B, C, etc., alcanzan un desarrollo mayor en la mujer que en el hombre, al contrario de los centros motores, especialmente del correspondiente al centro del lenguaje articulado. Por lo que respecta á los verdaderos «órganos del pensamiento», habría que conceder que su desarrollo está en razón inversa el uno del otro, no sólo en el hombre, sino también

(1) En la elaboración de las ideas abstractas sería el centro F el que trabajaría, valiéndose de *restos* de imágenes reales; la comunicación del centro frontal con los otros centros quedaría, fisiológicamente, rota desde este instante.

en las bestias; el centro frontal F, el más importante, se encuentra tanto más desarrollado cuanto más floreciente y poderoso es el psiquismo en el hombre, mientras que la zona P-T sería el principal asiento del alma en los animales. Entre estos dos centros existiría una relación inversa de progreso y desarrollo; la vegetación más espléndida de cualquiera de ellos estaría subordinada al más pobre imperio del otro, y así se explica precisamente que en los animales la extirpación del centro P-T acarree la pérdida del «capital psíquico», cosa que no ocurre de manera tan ostensible cuando es el centro F el extirpado. Al contrario, los datos sacados de la observación del hombre demuestran que en éste es el centro frontal el que sirve de base principal á los fenómenos espirituales.

Pero si es cierto que, en el curso del desarrollo, se realiza el progreso del centro F á expensas del P-T, parece evidente, por otra parte—como ya expusimos en el capítulo anterior—que el cerebro de la mujer se parece más que el del hombre (por la mayor importancia de la zona tèmpero-parietal en aquélla que en éste) al cerebro de los animales. En la hembra, el centro F no llega á adquirir el desarrollo que tiene en el macho; y mientras que en éste el centro posterior ha sido dominado por el anterior, en la mujer se conserva todavía un resto más importante de la primitiva hegemonía de la zona P-T.

Si la sensibilidad más exquisita de la mujer

aboga en favor de un mayor desarrollo de sus centros cerebrales sensibles, esto no quiere decir en ningún modo que el sexo femenino supere, ni siquiera iguale, en psiquismo al sexo opuesto. Hay, por ejemplo, animales con un gran desarrollo del aparato del olfato, otros con una vista penetrante, etcétera, y sin embargo, nadie se atrevería á afirmar que la agudeza visiva ú olfatoria constituye un medio de reconocer el grado mental de las bestias. No se olvide que los centros de asociación son, hasta cierto punto, independientes de los centros inferiores; unos y otros, dentro de ciertos límites, trabajan autónómicamente, siguiendo cursos ligeramente distintos, y mientras unos centros (los inferiores) reciben las impresiones características, los otros, los superiores, las combinan, funden y retienen. En el admirable dédalo de nuestra cabeza las cosas suceden en tal forma, que nos hacen ver cómo el grado de desarrollo psíquico no guarda una relación directa con el grado de sensibilidad, y como ejemplo basta señalar que la mujer posee un tacto, un gusto, un olfato y una sensibilidad para el dolor más exquisitos que el hombre, y á pesar de todo, resulta inferior á éste en el aspecto espiritual.

El estudio de la sensibilidad femenina se encarga de suministrarnos una prueba más de la indigencia mental del sexo *débil*. En contra de lo que generalmente se admite, el más grande desarrollo de los sentidos conduce á la conclusión que

las especies ó individuos más sensibles son cabalmente los de menor mentalidad. La mujer, más sensible que el hombre, es inferior á éste, precisamente porque en ella predomina el aspecto de la vida psíquica, hasta el punto de poder decir que, tratándose de la especie humana, encontramos en la sensibilidad un elemento de cuyo análisis podemos esperar mucha luz para resolver el problema de la mentalidad individual y de los sexos. (Ya veremos cómo el tacto y el olfato más finos de la mujer inclinan la balanza hacia el lado de la indigencia mental del sexo correspondiente.)

Cuando tocamos la mano de un sujeto, si le advertimos que tan pronto perciba la impresión haga una señal convenida anteriormente, se observa que transcurre un lapso de tiempo, variable según infinidad de circunstancias, entre el momento de excitación y el de reacción. Este espacio de tiempo, que se designa con la expresión de *tiempo de reacción consciente*, se hace más amplio en la distracción y en la fatiga, es más grande en los sujetos afectos de estupidez é idiocia que en los individuos normales y mayor también en las razas inferiores que en las superiores.

El tiempo de reacción consciente parece, en cierto modo, darnos la medida de la capacidad mental de los sujetos; cuanto menor es la duración de aquél, tanto mayor parece el grado de desarrollo de la conciencia, y á la inversa, como si en el primer caso la excitación tuviese que poner en ac-

tividad un resorte menos tenso que en el segundo, es decir, como si en un caso la conciencia durmiera un sueño menos profundo que en el otro. ¿Cuál es, bajo este punto de vista, la relación que existe entre la conciencia femenina y la masculina? Al primer examen se descubre que la mujer responde, en general, con mayor rapidez que el hombre á la excitación, lo cual parece indicar cierta superioridad en el sexo femenino; pero examinando el siguiente cuadro de Herzen (1), pronto se descubre un hecho de importancia extraordinaria que luego analizaremos con el debido detenimiento:

Edad	Sexo masculino	Sexo femenino
De 5 á 10 años. . . .	Pie. 0'548''	0'535''
	Mano. 0'538''	0'525''
De 10 á 15 años: . . .	Pie. 0'343''	0'400''
	Mano. 0'336''	0'350''
Después de 15 años. .	Pie. 0'318''	0'400''
	Mano. 0'283''	0'365''

«Según estas cifras, se ve que las jóvenes reaccionan más de prisa que los muchachos; pero mientras que en estos últimos la reacción se acelera regularmente hasta la adolescencia, en las primeras se acelera menos rápidamente y se detiene en un límite de rapidez inferior al del sexo mascu-

(1) *Le cerveau et l'activité cérébrale*, 1887.

lino, que se mantiene durante toda la vida. *A priori*, no se hubiera ciertamente creído que las mujeres reaccionaran más lentamente que los hombres (1).

Este hecho, señalado por Alejandro Herzen, es notabilísimo. Indudablemente, el menor lapso de tiempo que invierte el macho en reaccionar á las excitaciones, constituye una ventaja sexual labrada por la selección. Nosotros debemos mirar las funciones psíquicas como armas alcanzadas con lentitud en el curso de la lucha por la vida; cuanto mejor organizado, físicamente, está un animal, y cuanto mayor es la actividad de su cerebro, se encuentra en mejores condiciones para sostenerse y perpetuar la especie; la *psiquis*, como producto selectivo, alcanza y propaga el triunfo, y cuanto más progresa aquélla tanta mayor es la jerarquía de la bestia, hasta que al fin ésta se convierte, en un país todavía ignorado y en una época remota, en una figura humana, en la cual sus principales armas de defensa están representadas por la inteligencia.

Los centros psíquicos son, pues, aparatos de defensa (2), y si ignoramos en realidad el género de ventajas que pueda reportar al hombre (especialmente al de las razas superiores) el acortamiento del tiempo de reacción consciente, me parece sin embargo indudable que, examinando las

(1) Herzen, *loc. cit.*

(2) Sergi, *L'origine dei fenomeni psichici*, etc., 1885.

condiciones del progreso humano en las edades y en las razas, se llega á la conclusión de que la reducción del tiempo consciente constituye un elemento correlativo del desarrollo psíquico. En efecto, en todos los estados de degeneración, en los estúpidos, idiotas, etc., la conciencia no está tan despierta, tan diligente como en el sujeto normal; al idiota se le excita una región de la piel, y entre el instante de la excitación y el de la reacción, transcurre un gran espacio de tiempo, como si realmente su «ojo interior» tuviese que ejercitarse en un campo en penumbra. Puedo decir que la conciencia del idiota está, respecto á la de un sujeto normal, en la misma relación que mi propia vista cuando quiere percibir en dos ocasiones distintas los detalles de un objeto, según éste esté pobre ó ricamente iluminado.

Durante el desarrollo del organismo, á medida que el cerebro va perfeccionándose, desde el quinto al décimoquinto año de la vida en el hombre, el tiempo de reacción va disminuyendo de un modo gradual y progresivo. Por otra parte, después de un trabajo mental sostenido (y en la distracción también) aumenta la duración del tiempo consciente, pero al paso que el cerebro va reparando el desgaste experimentado, se observa cómo decrece el valor del tiempo de reacción, hasta llegar á adquirir el valor normal.

De todas estas consideraciones se desprende que la menor duración del tiempo de reacción consciente

constituye un carácter de superioridad mental, y como en el hombre adulto la cifra que expresa el valor del tiempo consciente es menor, en ochenta y dos centésimas de segundo, que la que expresa su duración en la mujer, hay que pensar que este dato nos conduce también á proclamar la superioridad psíquica del sexo masculino sobre el femenino. Como consecuencia de esto, puede decirse que el cerebro del macho trabaja con un ritmo más rápido que el de la hembra (1).

Haciendo aplicación de la fórmula dada por mí (2) para determinar el tiempo *psíquico*, es decir, la duración del proceso material que sirve de base á la conciencia, se obtienen las siguientes cifras, á partir de las suministradas por Herzen acerca del valor del tiempo de reacción consciente en las distintas edades y en los sexos:

Edad	Sexo masculino	Sexo femenino
De 5 á 10 años. . . .	0'427''	0'369''
De 10 á 15 años. . . .	0'180''	0'194''
Después de 15 años. .	0'127''	0'209''

(1) Sobre el ritmo del cerebro, véase Richet, *Dictionnaire de Physiol.*, y la crítica de Patrizzi *El ritmo del cerebro*, Labor Nueva, 1906.

(2) *Temps reflexe et temps conscient*, comunicación dirigida al International Congres voor Psychiatrie, Neurologie, etcétera, 1907.—*Revista Ibero-Amer. de Ciencias Médicas*, t. XVIII y *Compt. rend.* del citado Congreso.

Estas cifras, aunque no son exactas, tienen un relativo valor para juzgar los hechos. En los individuos comprendidos entre los cinco y diez años, se descubre que el tiempo psíquico es menor en las niñas que en los niños; entre los diez y quince años se observa que, en relación con la serie anterior, ha disminuido la duración de los procesos materiales y energéticos, siendo la disminución mayor en el sexo masculino; y finalmente, de los quince años para arriba, el tiempo psíquico es menor en el hombre que en la mujer, volviendo en ésta á adquirir un valor más grande que el correspondiente al tercer quinquenio de la vida. ¿Cómo deben interpretarse estas variaciones en la duración del tiempo psíquico? Es indudable que los fenómenos de conciencia están ligados á una fase desasimiladora del protoplasma nervioso, á la cual sigue una fase de reintegración; si falta aquel proceso desintegrativo falta también el fenómeno correlativo de la conciencia; en la célula nerviosa debe asistir, por consiguiente, un sistema material que presenta cierta resistencia á ser deshecho por la onda excitadora y que tarda más ó menos tiempo en ser desmoronado. Á este respecto, las condiciones del sistema material son distintas en los dos sexos: en el masculino, el sistema que se destruye en los actos de conciencia es más lábil y se consume con mayor rapidez que en el sexo opuesto. Volviendo á un ejemplo que me sirvió en otra ocasión para definir los caracteres diferenciales del

alma «suprema» y de la «infrapsiquis» en los vertebrados, diría que la base material de la conciencia está en la mujer con respecto al hombre en la misma relación *que dos cerillas, húmeda la una y seca la otra: la primera requiere un frote mayor para encenderse, y una vez encendida, la combustión marcha más lentamente que en la segunda.*

¿Cómo explicar que la mujer, después de los quince años, experimente un retroceso en la organización de su conciencia? Todo el secreto de este fenómeno reside en la disposición del sexo, para la encomienda sagrada de la procreación; «todas las particularidades de su cuerpo y de su espíritu (de la mujer), su vida de nutrición, su actividad nerviosa, su delicadeza... todo depende del ovario» (1). Conciencia y sexualidad: he ahí dos ideas, dos hechos más enlazados de lo que generalmente se cree.

Existe un marcado antagonismo entre la función sexual y los procesos mentales, cerebrales. «La figura horrorosa del marimacho» se nos revela, no sólo cuando extirpamos los ovarios, sino también cuando los suprimimos *funcionalmente*, como, por ejemplo, cuando se fuerza á la hembra á emprender una labor intelectual sostenida y más ó menos profunda. Si nos fijamos en el momento en que se realiza el aumento del tiempo de reacción consciente, pronto nos convenceremos que coincide con la época del despertar sexual de la mujer. En

(1) Virchow, *La mujer y la célula.*

la figura 7.^a pueden verse representadas gráficamente las variaciones que experimente el tiempo consciente según la edad, siendo sumamente expresivo el hecho de que en la época de abrirse á la reproducción el organismo femenino, sufre un aumento el tiempo de reacción, mientras que en el hombre el instante de la pubertad va acompañado de una disminución en el valor de aquel tiempo.

Resulta bien claro que la evolución psico-fisiológica está subordinada á la distinta organización de los sexos. De una parte se nos aparece la hembra, cuyo cuerpo y espíritu están subordinados casi por entero á la función sexual, y de otra parte se descubre el macho que, menos sometido al imperio de la función perpetuadora de la especie, desenvuelve y complica su espíritu. Pero esto ocurre á partir del supremo instante del despertar del amor; antes de esta fecha, cuando duerme todavía el «genio de la especie», las diferencias anímicas sexuales no aparecen con esa precisión con que las vemos después; mas en cuanto llega la estación crítica, en cuanto aparece el amor, lleno en un principio de vaguedades... entonces se marca el nuevo y distinto rumbo psicológico de los sexos.

Tomando como metro el valor del tiempo de reacción consciente, se demuestra la oposición que existe en la mujer entre las funciones sexual y cerebral. Sin embargo, nuestras aspiraciones no deben llenarse con este hecho, sino que debemos procurar inquirir su mecanismo; la pregunta es

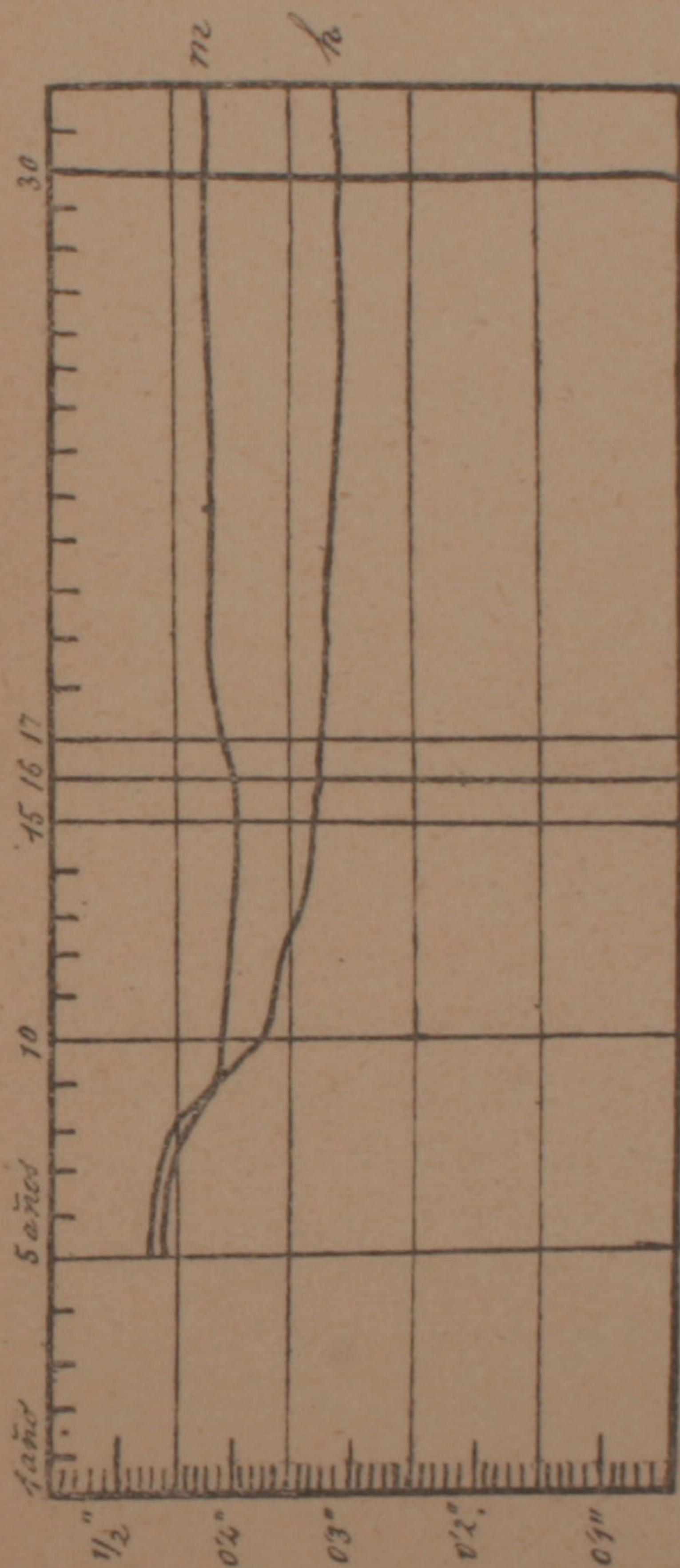


FIGURA 7.^a—Representación de las oscilaciones que experimenta el tiempo de reacción consciente en las distintas edades: *m*, línea correspondiente al sexo femenino; *h*, id. id. al masculino.

esta: ¿por qué mientras que en el hombre se observa una disminución progresiva del tiempo de reacción consciente hasta llegar á un valor que se sostiene durante toda la vida, en la mujer se observa una ascensión que se sostiene desde la pubertad en adelante? (1). Recuérdese que la base de todo proceso nervioso es de naturaleza química, probablemente zimásica (2) y que los fenómenos de conciencia están ligados á procesos de desasimilación de las células nerviosas (3); recuérdese también que ciertas sustancias introducidas en el organismo influyen de una manera notable sobre la duración del tiempo de reacción y que las variaciones cronológicas de la conciencia pueden explicarse admitiendo que aquellas sustancias entran en combinación ó en contacto con los principios químicos cuya destrucción sirve de base á la conciencia.

La sustancia A, combinándose con el sistema material de la conciencia, dilata, por ejemplo, el tiempo de reacción, porque el producto resultante de la combinación se vuelve menos desmorable, más *tenso* que el principio ó principios normales del cerebro; y al contrario, la sustancia B, que vuelve más inestable el sistema, obra redu-

(1) *Sobre la psicología de la pubertad*, Marro. Comunicación al Congreso de Amsterdán, 1907.

(2) Morat et Doyon, *Traité de Physiologie humaine*; Morat, *Rev. Générale des Sciences*, 1900.

(3) Herzen, *loc. cit.*

ciendo el tiempo de reacción. Es probable que en la época de emisión de las primeras flores rojas, el cerebro de la hembra se haga más pobre en una substancia que, circulando con la sangre, tonifica y excita la nutrición del tejido nervioso, substancia que en todo el período de la actividad sexual afluye hacia los órganos generadores y hacia el nuevo ser cuando la mujer lo lleva en sus entrañas (1). El aumento del tiempo de reacción consciente en la púber (aumento que, como sabemos, se sostiene durante toda la vida) se explicaría admitiendo que las substancias tónicas y excitadoras del cerebro, y en especial de los procesos cerebrales de la conciencia, son derivadas hacia el dominio genital.

Íntimamente ligado con el estudio de las diferencias sexuales del tiempo consciente, se encuentra el estudio del número de movimientos que son capaces de realizar, en un segundo de tiempo, los individuos, según la edad y sexo. Por lo que respecta al número de movimientos de la mano, he aquí las cifras medias que he obtenido (2).

Edad	Sexo femenino	Sexo masculino
De 5 á 10 años. . .	5'13	5
De 10 á 12 años. . .	6'2	8
Después de 15 años. .	7	8'6 á 10

(1) En el capítulo siguiente se tratará detenidamente esta cuestión.

(2) *Loc. cit.*

Estas cifras concuerdan con las dadas por Herzen acerca de la duración del tiempo de reacción; entre los diez y quince años, el número de movimientos que realizan los niños es ya mayor que el de las niñas, y después de los quince años la diferencia es aún más notable en favor del sexo masculino, existiendo, como es fácil deducir, una relación inmensa entre el valor del tiempo de reacción y el número de movimientos. El ritmo del cerebro masculino es, pues, más rápido que el del femenino, es decir, que el número de descargas que pueden partir, en un segundo, de una célula nerviosa, es mayor en el macho que en la hembra, lo cual demuestra que el cerebro de aquél está mejor organizado que el de ésta. Integración y desintegración más rápida: he ahí un nuevo signo de superioridad.

Por lo que respecta á la sensibilidad, ya dijimos que ninguna prueba puede sacarse de su examen en favor de la igualdad mental de los sexos ó de la superioridad intelectual del sexo femenino. Descartando la sensibilidad para el dolor, más desarrollada en las razas superiores, la mayor finura de la sensibilidad táctil, olfatoria y gustativa de la mujer, es una prueba de su inferioridad. Explorando con un estesiómetro (Fig. 8.^a) la sensibilidad de los sexos en la región de la nuca, se observa que se necesita una separación mayor (en 2 mms.) de las ramas del compás para que el hombre perciba la sensación doble de las

puntas (1); y por lo que se refiere al olfato y gusto, la mujer posee también una sensibilidad más fina que el hombre para apreciar los olores y para reconocer los sabores dulce, amargo y ácido (2). *La mujer es, como se ve, dueña de una sensibilidad más exquisita que el hombre; pero ¿constituye esto una prueba de superioridad?*

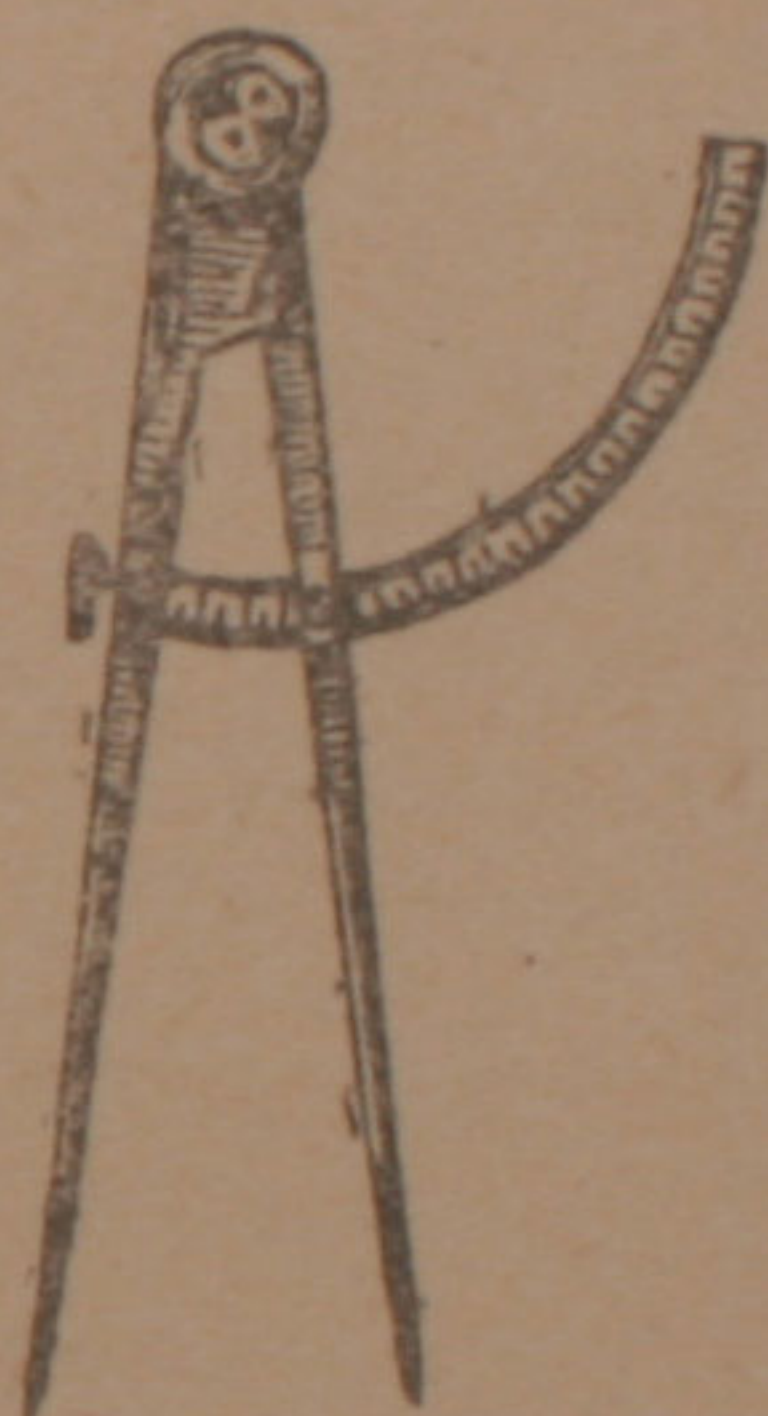


FIGURA 8.^a—Compás de Wéber.

Ya dijimos que el grado de sensibilidad no puede darnos el valor del capital psíquico, por la razón de que los centros sensibles son independientes de los centros del pensamiento. La más grande delicadeza sensitiva no es siempre prueba de grandeza

(1) Galtón, *La sensibilité comparée de l'homme et de la femme*, etc., *Nature*, 1894.

(2) Toulouse y Vaschide, cit. por Marchand, *El gusto*, traducción española.

de espíritu; hay animales que, como es bien sabido, poseen un olfato ó una vista más desarrollados que en el hombre, y me parece que nadie sacaría de aquí la conclusión de que el psiquismo es más potente en aquéllos que en éste. Por otra parte, si comparamos la sensibilidad táctil, olfatoria y gustativa de nuestra raza con la de las razas inferiores, *se observa que la mujer europea se aproxima, más que el hombre, á los salvajes*; en efecto, nuestra mujer es más sensible que nosotros, hombres, pero también los salvajes del estrecho de Torres tienen un tacto más desarrollado que nuestra raza blanca (1) y, según Varigny (2), el olfato en el salvaje es más fino que en el europeo.

¿Podemos decir que el salvaje sea superior al hombre de raza blanca porque posea un tacto y un sentido del olfato más finos? Al contrario; parece como si existiera una relación inversa entre el grado de sensibilidad y la potencia espiritual; un tacto exquisito, lo mismo que una vista penetrante y un olfato delicado, son privilegio de los seres inferiores; y ¿no podría decirse que, así como la cultura actuó achicando el peso del cerebro (véase el capítulo anterior), la misma civilización obró reduciendo la sensibilidad primitiva, reducción correlativa del progreso creciente del alma?

(1) Mac Dougall, *Unyversyty Press*, Cambridge, tomo II, fascs. I y II.

(2) *Année Psychologique*, t. X.

La mayor sensibilidad del sexo femenino, por cuyo carácter se aproxima más que el hombre á los salvajes y á las otras razas inferiores, es un testimonio de su pobreza mental.

EL DOLOR

El gran Goethe adelantó la posibilidad de que el hombre llegue á percibir sensaciones distintas de las que actualmente percibe. Con la perfección de nuestros órganos receptores llegará la especie á hacerse cargo de radiaciones, de movimientos, de ondas que, hoy por hoy, existen fuera de nuestra conciencia. ¿Por qué el oído humano no ha de llegar á cautivar ondas más débiles de las que nosotros precisamos para experimentar percepciones claras y precisas? Andando el tiempo, ¿no arribarán los ojos á percibir radiaciones más sutiles, cualidades luminosas no percibidas hasta ahora? ¿No serán más sensibles nuestros nervios del dolor, hasta el extremo que una ligerísima impresión, que tan sólo nos produce una sensación táctil, llegue á arrancar un grito doloroso al hombre del porvenir? Nuestro progreso, el progreso humano, tendería á una organización más delicada de nuestros sentidos. La pantalla que hoy es conmovida

por la luz blanca y por los siete colores espectrales llegará, andando el tiempo, á ser excitada por ondas que hoy se nos escapan; el aparato receptor del sonido aprehenderá ondulaciones que á nosotros nos es imposible percibir; el olfato y los demás sentidos concluirán por adquirir la facultad de trasladar al espíritu vibraciones tenuísimas, imperceptibles para el hombre de nuestros días... Y pensando en la arquitectura de ese hombre futuro, nuevo ser que surge de las entrañas del poeta, podemos figurárnoslo construído de nervios sumamente impresionables, de celdillas finísimas que reciben y analizan impresiones intangibles para nuestra alma. Para él, la soledad y el desierto no serían nuestro desierto y nuestra soledad; lo veo imaginariamente sentado á mi lado, lejos del bullicio; le hablo y le digo: «¡Qué soledad! Hasta nosotros no llega el rumor más leve.» «¿No oyes?... Yo siento una música... como si la brisa agitara las hierbecillas del suelo», me responde. Admirado, guardo un momento de silencio; atiendo, aguzo el oído, pero ¡nada! Tomo dos flores hermanas, de la misma mata, y le digo á mi hombre: «¡Qué parecidas, qué iguales! el mismo tono, la misma intensidad en los cromos, la misma fuerza en la luz.» «¡Eres ciego!—me dice—. Hay una gran diferencia en los tonos de estas corolas, en el matiz del polen, ¡en todo!...» ¿Cómo es, me pregunto, que lo que para mí es silencio, uniformidad, es para mi hombre música y semejanza? ¡Ah! ¡Es otro ser,

de otro imperio; es un ser dotado de una penetración y sensibilidad más poderosas!...

Si esta evolución sensible no llegará á ser completamente exacta, se realizará, como ya se realizó en alguno de sus puntos. Nuestro campesino, por ejemplo, es menos sensible al dolor despertado por padecimientos físicos (1), no comprende las emociones de la música, de la poesía, de la pintura, etc., al contrario del hombre intelectual (culto, mejor dicho), más sensible al dolor y susceptible á la emoción estética despertada por las armonías de las notas, de las palabras y de los colores. El hombre evolucionó, en parte, en la dirección cantada por el alma genial del gran poeta y naturalista alemán. Los seres mejor organizados, más inteligentes, poseen una sensibilidad para el dolor más exquisita que los hombres de los estratos más bajos de la mentalidad, y de aquí que la sensibilidad para el dolor del europeo sea mayor que la del salvaje (2), la del hombre culto que la del trabajador manual, y de aquí también que los seres mejor organizados sean dueños de una emotividad más grande. Un salvaje ó un campesino que pasó toda su vida en la montaña, ¿qué impresión puede sacar de la audición de una obra maestra, de la contemplación de un lienzo famoso ó de una escultura admirable? El corazón, los vasos, los múscu-

(1) Le Gendre, *L'Étoile Médicale*, 14 année, núm. 11.

(2) Mac Dongall, *loc. cit.*

los, las glándulas del campesino ó del salvaje no pueden conmoverse hondamente, y por lo tanto, las obras de arte no pueden engendrar en ellos un sentimiento estético—sentimientos que Sergi (1) hizo entrar en el cuadro general de las emociones.

Si analizamos ahora otro de nuestros sentidos íntimos, el moral, no tardaremos en convencernos de que, en el curso de la humana historia, ha ido subiendo lentamente la escalera de la perfección, que se ha vuelto, en una palabra, más delicado y sensible. ¿No vemos como para explicar nuestras crueldades, los asesinatos sangrientos, etc., recurrimos al maldito legado que nos transmitieron nuestros crueles y sanguinarios antepasados? (2). Y si no, recordemos la tan conocida costumbre de los recios espartanos de eliminar los niños enfermizos y deformes, y la de algunas tribus africanas, de matar una gran parte de las recién nacidas, seguramente porque constituían un estorbo en los combates y emigraciones y porque en las luchas sostenidas con tanta frecuencia entre tribus distintas, parecía un gran número de machos, evitando así, con la muerte de las niñas, la desproporción numérica que surgiría fatalmente entre los dos sexos (3). He ahí cómo el sentido periférico del dolor, el sentido de las emociones estéticas y el

(1) *Las emociones*, trad. esp.

(2) *Teoría del atavismo en Antropología criminal*, Lombroso. *L'uomo delinquente*.

(3) Bebel, *loc. cit.*

moral se han ido desenvolviendo á través de las edades.

Por lo que respecta al resto de los sentidos, al tacto y al olfato, al oído y á la vista, hay que admitir que, lejos de progresar, han sufrido una lenta y continua degradación. El progreso no está, pues, forzosamente ligado á la mayor perfección de nuestros receptores. Porque somos más inteligentes que los salvajes es por lo que nuestros sentidos mencionados son más groseros que los de aquéllos. ¿No parece rota aquí la ley del progreso?... Sensibilidad más fina para el dolor, olfato capaz de discernir aromas diluidos, vista penetrante, oído fino, tacto exquisito... ¿no parece todo esto la característica de la perfección del cerebro humano? ¡Y sin embargo, nada más lejos de la realidad!

Mientras alguno de los sentidos, como el del dolor, sigue un desarrollo paralelo al de la conciencia, otros, por el contrario, se degradan. El tacto, el olfato, el oído, el poder de penetración de la vista, siguen esta última corriente; pero ¿podríamos afirmar de la misma manera la degradación del sentido cromático? Nuestro lenguaje tiene una colección de vocablos para expresar los siete colores del espectro, y además otros para expresar ciertos colores que no aparecen en la imagen espectral; decimos «rojo», verde, púrpura, etc., y aun cuando no tenemos palabras propias para traducir los distintos matices de un mismo color, del

azul, por ejemplo, sabemos, sin embargo, distinguirlos. En este sentido, nuestra nomenclatura es pobre si la comparamos con la que tienen ciertos pueblos salvajes para designar las diferentes tonalidades de un mismo color, y resulta rica, exclusivamente rica, si la comparamos con la de otros pueblos que, según Gladstone (1), no cuentan más que con tres palabras para expresar todos los colores del arco celestial (2). ¿Podríamos deducir de esto la evolución que ha seguido el sentido de los colores? El lenguaje no es suficiente para resolver el problema; ni la riqueza ni la pobreza verbal de los distintos pueblos y de las diferentes edades, basta para pronunciarse en favor ó en contra de la degeneración actual del sentido cromático.

El mecanismo de la degeneración de la mayor parte de los sentidos, se alcanza fácilmente con sólo tener en cuenta las pasadas y actuales condiciones de la vida. El salvaje, expuesto á los efectos de una lucha abierta contra el ambiente; necesitado de un olfato fino, que le apercibiera de la conveniencia ó peligro de algunas substancias olorosas; forzado á aguzar su vista, para penetrar mejor los peligros del horizonte; el oído, para descubrir los sonidos más tenues, nunciós de algo fa-

(1) Citado por Nuel, *La visión*.

(2) Sobre la evolución histórica del sentido cromático: Magnus, *Die geschichtl. Entwickel. d. Farbensinnes*, Léipzig, 1987 (hay una traducción española de este interesante librito); Bénaky, *Du sens chromatique*, Paris, 1897.

vorable ó adverso, y finalmente, el tacto, para percibir diferencias sutiles en la aspereza ó lisura de las cosas... todo fué, sin duda alguna, el motor que impulsó el desarrollo de los sentidos. Mas en cuanto el progreso hizo su aparición triunfal, al principio como una sombra vaga, después como una luz cada vez más viva, la primitiva sensibilidad fué degenerando, seguramente porque con el cambio en las condiciones vitales, la lucha se hizo más llevadera, haciéndose superflua la agudeza de los sentidos. Tan sólo el sentido del dolor fué el que siguió un desarrollo progresivo, siendo el único que puede darnos, en ciertos límites, la medida del progreso espiritual.

Existen algunos individuos que aman el dolor y lo buscan como un alimento necesario; su vida es insoportable si no reciben á cada paso una excitación que desgarré su carne ó sacuda tempestuosamente su alma; para estos hombres, el dolor es el pábilo de su vida, la sensación sin la cual su existencia se reduciría á la nada, y en sus relaciones con el mundo, buscan siempre aquellas excitaciones que los demás rechazamos por penosas y desorganizadoras de nuestro bienestar. ¿Quién no ha oído hablar ó quién dejará de conocer á uno de esos seres extraños, que en el instante del abrazo sexual pide á la hembra que le hunda sus dientes en la carne, que haga brotar sangre de su piel ó que le fustigue de alguna otra manera? No; no pide besos, caricias suaves, roces delicados; pide con toda el

alma que se le desgarre la carne, que le hieran las espaldas, que le claven un puñal en su cuerpo palpitante... Y parecido á éste es aquel otro que busca el dolor moral en todas partes; errante, sale al encuentro del espectro á quien debe la vida, lo abraza, lo acaricia, quiere que no le abandone un segundo: pide emociones, pero emociones deprimentes, y toda su vida consiste en esto: en sentir dolor, en amarlo y en elevarlo como á un ídolo (1).

Otros hombres, más desdichados, sienten el dolor de rechazo. No hay miseria humana, no existe escena dolorosa que no repercuta en su alma; en las excursiones de su espíritu peregrino, al tropezar con las lágrimas de un semejante, sufren como si la emoción se propagara de un cerebro á otro: su alma, en fin, es como un núcleo donde convergen todos los dolores que juegan en el mundo. Muchos de estos hombres extraños no quisieran ser de esa pasta, de esa arcilla conmovediza; pero se resignan ante la imposibilidad de verse libres de esa especie de maldición que les persigue. Poetas, luchadores, hombres de ciencia, pagan su tributo á esta esclavitud, y ¿quién, como á los anteriores, no los ha visto, ó por lo menos no ha leído sus versos y sus libros? Yo recuerdo, entre otras escenas de mi vida, el dato siguiente: solo, paseaba una tarde de invierno por la alameda de la ciudad; un señor, de cabeza venerable y pelo cano, se acerca y me

(1) Sobre algafilia. Dheur, *Les amoureux de la douleur*.

dice: «Salud, señor. Ya sé que es usted médico; le conozco, y deseaba hablar con usted...» Y hablamos de multitud de cosas, del evolucionismo, de la moral... ¡un verdadero poutpurri! Llegamos á un rincón del paseo en donde yacía un árbol tronchado por el huracán de unos días antes. «Mire usted —dijo mi acompañante, mostrándome el roble tum-bado—; siento un gran dolor cuando veo estas cosas... ¿Quién sería capaz de negar que las plantas no sufren cuando se cortan ó cuando son tronchadas por el viento? ¿Por qué no han de ser lágrimas las gotas de resina?... ¡Cada ser tiene su manera de llorar!» Y mi interlocutor dejó escapar de sus ojos unas cuantas lágrimas... Días después supe que el señor de mi historia—el señor que llorara contemplando los destrozos del viento—era, como yo ya supusiera, un pobre desequilibrado, un antiguo loco.

En los poetas pueden verse con mucha frecuencia confesiones de esta índole. Maurice Rollinat, el poeta neurasténico, escribió en *Les plaintes* estos versos, en los cuales su alma aparece como el centro de todos los dolores.

*Oui! Dans le grondement formidable des nues
mon âme entend parfois l'infini sangloter.
Mon âme! Oú vont s'unir et se repercuter.
Tous les frissons épars des douleurs inconnues!... (1).*

(1) ¡Sí! En el sordo ruido formidable de las nubes—mi alma escucha á veces el infinito sollozar.—¡Mi alma! ¡Donde van á unirse y repercutir—todos los escalofríos esparcidos de los dolores desconocidos!...

Todos estos sujetos son enfermos, «gente morbosa» que cae, como tal, dentro del campo de la Psico-patología. Como otros desgraciados que, afectados de ciertas enfermedades, sienten un dolor agudo cuando se les toca ligeramente la piel, éstos sienten el dolor moral más grande con estímulos insignificantes á todas luces. Ambas clases son de anormales morbosos.

Dentro de lo anormal hay que diferenciar el anormal fisiológico del anormal morbosos. Es normal, por ejemplo, que el europeo posea una sensibilidad más fina para el dolor que el salvaje; pero en cuanto aquél se vuelve excesivamente impresionable para el dolor, tanto físico como moral, deviene «un enfermo». Igualmente, el hombre culto, las inteligencias superiores son más sensibles que el campesino y que las medianías intelectuales, respectivamente: esto es fisiológico, aunque anormal, mientras no exceda de ciertos límites. Se dice: «El genio es un anormal (fisiológico, debemos añadir); el idiota, el estúpido, el degenerado moral, el algáfilo, etc., son todos ellos anormales morbosos.»

¿Qué criterio sirve de guía para deslindar los campos? Todo aquello que sufre una exageración, pero que reporta alguna utilidad en la lucha por la existencia, debe considerarse como anormal fisiológico (el talento, el genio, el sentido moral desenvuelto son *cosas* de valor positivo), al contrario, la hiperalgesia, la facultad de reconcentrar

todos los dolores morales, etc., etc., son claramente perjudiciales (morbosismo). Esta justa distinción ha sido señalada primeramente, al menos que yo sepa, por Heule (1).

Si, por ejemplo, el desarrollo del sentido moral constituye una ventaja, un signo de perfección, ¿por qué no hemos de admitir que cuanto mayor sea su extensión y sus alcances más profundos no han de estar los hombres mejor dotados para la conservación de la especie? Á esta objeción podría contestarse con esta otra pregunta: ¿por qué siendo la mayor sensibilidad para el dolor físico una señal de superioridad, no hemos de considerar «superior», psíquicamente, al enfermo que, por su desdicha, padece una enfermedad que exalta de una manera desesperante la sensibilidad de sus nervios, hasta el punto que el simple roce de una pluma provoca en él un gesto de horrible dolor? Pero fuera de esta pregunta—que es una contestación al argumento que pudiera levantarse contra la apreciación más arriba indicada—puede darse una explicación concluyente que se resume en estos términos: En general, los sujetos muy emocionables son «pasivos», es decir, no tienen fuerza de voluntad para tomar una determinación salvadora, y por ejemplo, ¿qué ganaría la especie con

(1) *Allgemeine Pathologie*.—No recuerdo la fecha de publicación de esta obra (sé que es bastante antigua), que me facilitó hace ya tiempo mi maestro el doctor Varela de la Iglesia.